EL LABERINTO,

PERIÓDICO UNIVERSAL.

SUSCRICION EN MADRID.
Un mes 8 rs.—Tres id. 20.—Seis id. 36.—Un año 70.—El número suelto 5 reales.

N.º 8.º TOMO II.—SABADO 16 DE FEBRERO DE 1845.
La redaccion está en la calle de la Manzana, número 15, cuarto bajo.—El correo franco de porte.

SUSCRICION EN PROVINCIAS.
Un mes 10 rs.—Tres id. 28.—Seis id. 54.—Un año 110.—Suscríbese en las principales librerías del reino corresponsales de la casa.

RESUMEN.

Biografía. Los Salvadores de Barcelona, por D. Antonio Flores.—**Recuerdos de Sevilla, artículo segundo**, por D. J. A. de los Rios.—**Filosofía de la Historia. Caballería, artículo primero**, por D. F. de Madrazo.—**Un viaje á las provincias Vascongadas, artículo sesto**; por D. A. Flores.—**A un pícaro otro mayor**, (novela) por D. I. Olona.—**La Noche Serena** (poesía), por D. A. F. del Rio.—**El niño y el ciervo** (fábula) por D. P. F. Baeza.—**Revista de la Quincena**, por D. A. Flores.

BIOGRAFÍA.

LOS SALVADORES DE BARCELONA.

> Cataluña no conoce bastante aun el verdadero valor del Herbario de los Salvadores, y ojalá aprenda á apreciarlo!
>
> LA-GASCA.

SIEMPRE fué nuestro pensamiento al comenzar la publicacion del LABERINTO dar un lugar preferente en sus columnas á las ciencias naturales, tanto por su importancia en todos los ramos del saber humano, cuanto por ser un tiempo el estudio predilecto del que suscribe este artículo. Extrañarán los lectores que no hayamos cumplido aun nuestro propósito; pero debemos advertirles que el amor á las ciencias naturales no nos ha hecho olvidar la índole de esta publicacion, incompatible hasta cierto punto con la gravedad que debe presidir á los escritos de ese género. Honrados con la amistad de algunos profesores de ciencias médicas, y contando entre nuestros colaboradores personas idóneas para disertar sobre algunos puntos de historia natural, hubiésemos podido satisfacer cumplidamente los deseos de los aficionados; pero aventurábamos una de dos cosas: ó se hacia el periódico incomprensible para la mayoría de los lectores, ó incurriamos en el grave error de vulgarizar los conocimientos mas sublimes que posee el hombre en fuerza de estudio y de audacia. No creemos necesario insistir en probar la fuerza de ambos escollos; los que por aficion ó mera curiosidad hayan querido penetrar los arcanos de la naturaleza, cursando algunos años de ciencias naturales, conocerán que es necesaria media vida de estudio contínuo para no ser extraños á la tecnológia de la ciencia: en cuanto al segundo inconveniente, bastará recordar los daños inmensos que acarrea á la humanidad la brusca invasion de los profa-

1.º Don Juan Salvador, 1598.
2.º Don Jaime Salvador, 1649.
3.º Don Juan Salvador, 1683.
4.º Don José Salvador, 1690.
5.º Don Jaime Salvador, 1740.
6.º Don Joaquin Salvador, 1786.

CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTIFICAS · SEMINARIO BIBLIOGRAFICO DEL SIGLO XIX

nos en la difícil ciencia del arte de curar. Huyendo nosotros de entrar en el gremio fatal de los charlatanes, habíamos resuelto rendir homenaje á las ciencias naturales, publicando las biografías de las personas, que mas se hayan distinguido en tan ameno y delicioso estudio. Un deber de gratitud y de justicia nos hizo pensar en el célebre botánico D. Mariano La-Gasca, á cuyas lecciones tuvimos la dicha de asistir mas de una vez, y cuya muerte lloraremos toda la vida. La biografía de tan insigne naturalista hubiera sido una de las primeras que se hubiese leido en este periódico á no haberlo impedido la falta de datos, en que á causa de la vida agitada que pasó el desgraciado La-Gasca, nos encontramos. Hemos procurado adquirir todas las noticias necesarias para ese trabajo de gran interés en sí mismo, y mientras las conseguimos, nos ocuparemos de dar una noticia de *la familia Salvador* de Barcelona, que cuenta seis botánicos de una celebridad europea. A todos ellos y á uno en particular (D. Jaime) deben, sino la vida, el cuidado de la infancia al menos, las ciencias naturales en España.—Triste cosa es confesarlo, pero es forzoso decirlo; al abate Pourret, botánico francés, emigrado en Cataluña, debemos la *noticia histórica* de esa familia, cuya existencia no ignoraban los aficionados, pero de la cual se sabia muy poco. Sin las noticias que ese estudioso botánico nos ofreció en su apreciable trabajo, seria ignorado de muchos el grado de aprovechamiento, con que se cultivaron las ciencias naturales en la España de 1600 y 1700.

Sin perjuicio de señalar las dotes que distinguieron á cada uno de los sugetos que hoy nos ocupan, y la mayor ó menor consideracion que les deba la ciencia, vamos á seguir en nuestro corto trabajo el órden cronológico con que fueron apareciendo esos sabios en el mundo botánico. Sin mas razon que la de ser todos ellos miembros de una misma familia nos decidiríamos á obrar así.

Descendiente don Juan Salvador y Bosca de don Martin Salvador, uno de los doce pobladores de Soria, nació en Calella, á siete leguas de Barcelona, y en el año de 1598. A la edad de 18 años se dedicó al estudio de la Farmacia, en la populosa Barcelona; y fué tal el amor que concibió hácia el estudio de la botánica, que no contento con herborizar diariamente por la provincia, y avaro de aumentar sus conocimientos botánicos, hizo una incursion por el interior de la España, de donde volvió cargado de plantas y henchido el corazon con esa alegría estraordinaria é inocente, que solo alcanza á comprender el hombre estudioso. Casóse á los tres años de su vuelta á Barcelona, con la hija del boticario Pedrol, y repartiendo el tiempo entre los cuidados de su oficina y el estudio de las plantas, empezó á formar el gran Museo que hoy existe en Barcelona, y del cual diremos dos palabras al final de este artículo.

El *Fénix de España* (como llamó Tournefort á don Jaime Salvador y Pedrol) nació en Barcelona el dia 20 de junio de 1649. Su ilustrado padre, que en los primeros años de su matrimonio habia tenido cinco hijos, sin poder contar ningun varon en la familia, enloqueció de alegría con el nacimiento de Jaime, y mas aun con el talento precoz que se advirtiera en los primeros años del niño que algun dia habia de ser honra de su pais y admiracion del extranjero. Apenas contaba diez años, y ya su inclinacion á la Química é Historia Natural eran el asombro de sus maestros, costándoles no poco trabajo el hacerle entregar con asiduidad al árido estudio de la Filosofía. Pero como el genio no conoce obstáculos, y el afan de nuestro jóven por el estudio de las ciencias naturales, era cada vez mayor, estudió con aprovechamiento la Filosofía y las Matemáticas, se apoderó de los idiomas griego y hebreo, y á los veinte años era ya boticario del colegio de Barcelona. Entonces pensó don Juan sériamente en la suerte de su hijo, y convencido de que estaba destinado á dar honor á la profesion y á su pais, resolvió mandarle á Francia á continuar sus estudios. Dirigíose don Jaime á Mompeller, y discípulo allí de los profesores Chycoineau, Magnol y Nissole, cuyo aprecio y amistad se ganó en muy poco tiempo, extendió la fama de sus conocimientos por Marsella y Tolosa.

Tal fué la celebridad que el jóven catalan adquirió en el vecino reino, que cuando el gran Tournefort fué á herborizar á Cataluña, todas las cartas de recomendacion que traia de los sábios franceses, eran para don Jaime Salvador. La simpatía secreta, pero irresistible del génio, sirvió mútuamente á los dos botánicos, que herborizando juntos y comunicándose de contínuo los resultados de sus observaciones, aumentaron considerablemente el caudal de sus conocimientos. Monserrate, Monseñy, y toda la cordillera de los Pirineos catalanes, eran el campo diario de sus operaciones. Solos, enmedio de aquellas montañas, consumian el tiempo los dos amigos, recreando su espíritu con los encantos de la naturaleza, que con su galana vegetacion parecia brindarlos á la investigacion de sus mas recónditos arcanos. Ora tendidos en el suelo para observar si la direccion que tomaba la planta era espontánea ó hija de los obstáculos que en su débil infancia le opusiera la tierra, ora examinando la mas imperceptible alteracion de la *inflorescencia*, y ora contando los *pétalos*, midiendo los *estambres* ó atesorando plantas para su estudio nocturno, *determinaban* diariamente un sinnúmero de vegetales, haciendo leguas y leguas á pié, sin que el cansancio ni otras necesidades de la vida se ofreciesen como obstáculos á su propósito.

Asi pasaban el tiempo de sus entrevistas, los célebres botánicos, y aunque en la segunda vez que Tournefort visitó la provincia de Cataluña, habia muerto el padre de Jaime, y su buen hijo estaba sumido en el mayor dolor, no por eso dejaron de herborizar juntos nuevamente, hospedándose el sábio francés en casa de su amigo y compañero. Treinta y tres años tenia don Jaime cuando vió por última vez á Tournefort y contrajo matrimonio con doña Eulalia de Riera y Martí, de la cual tuvo una hija y seis varones.—En el foro, en la Iglesia y en la Farmacia se distinguieron honoríficamente los hijos del sábio catalan, y el primogénito, llamado don Juan, en memoria de su distinguido abuelo, fué asimismo muy aficionado á la Botánica desde sus primeros años. El estudio de la Farmacia era su principal deseo, y graduado de bachiller en Artes el año de 1700, fué de órden de su padre á estudiar Química, Botánica y Anatomía á Mompeller.

La reputacion de que gozaba su padre en Francia y los ilustrados amigos que contaba allí, sirvieron mucho á don Juan Salvador y Riera para hacerse superior en poco tiempo á sus numerosos condiscípulos. Mr. Magnol que tenia un gran placer en comunicar sus conocimientos al hijo de *su niño mimado* (como llamaba á don Jaime), le franqueó la entrada en el Jardin Real, con lo cual se enriqueció mucho el herbario de los Salvadores, que contaba por otra parte con numerosos corresponsales en toda Europa.—Mientras el padre aumentaba el gran jardin botánico que habia hecho en san Juan D'Espi, el hijo viajaba por la Provenza acompañado de dos naturalistas franceses. La fama del padre crecia de dia en dia, y de todas las partes de Europa le consultaban los mejores botánicos, siendo de citar entre estos el príncipe de la Católica, Juan Rey de Inglaterra, y Pablo Boccona, que le regalaban sus obras, acompañadas de las plantas de Sicilia. Mientras tanto, don Juan llegó á París, y fué recibido con tal aprecio por Tournefort, que despues de haberle facilitado la entrada franca en los jardines del Rey y en otros museos particulares, le regaló una coleccion casi completa de las plantas que habia recogido en su viaje á Levante. Este precioso donativo que tanto honra á la persona que lo recibió del ilustre francés, hace la historia del aprecio que supo conquistarse don Jaime Salvador, entre los primeros sábios de Europa. El inestimable valor de esa clase de regalos dice mas en pro del caudol de ciencia que se atesoraba en la *estrella* de los Salvadores, que cuanto pudiera añadir la minuciosidad del nuestras noticias. De-Jussieu, Vaillant, y Danti d'Isnard, conocieron y trataron á don Juan Salvador, quien no queriéndose limitar al estudio de la botánica, se aficionó al ramo de antigüedades; partiendo con permiso de su padre á recorrer la Italia. Rico de plantas, minerales, mármoles, petrificacion, pinturas, medallas, lámparas sepulcrales y demas objetos numismáticos, regresó á su patria, donde tuvo ocasion de manifestar á su padre y amigos el aprovechamiento de sus viajes.

Las escuadras inglesas, holandesas y portuguesas que estaban en el puerto de Barcelona, indicaban hallarse allí la corte del Archiduque Cárlos, Emperador despues de Alemania. Asi era en verdad, y con este motivo la casa de don Jaime era un Ateneo diario donde se reunian todos los facultativos del Archiduque y varias personas eruditas á discutir varios puntos de Ciencias Médicas, de Matemáticas y aun de Literatura. Siendo de notar que cada uno de los asistentes hablaba en su idioma, lo cual prueba la solidez con que poseian los Salvadores las lenguas extranjeras. Examinábase por aquellos sábios el Museo de don Jaime, y dábase cuenta en las sesiones de la inmensa correspondencia científica que recibia de varias partes de Europa; y siendo parte de ella de los médicos de Felipe V, los Salvadores fueron consultados en cierta ocasion sobre una grave enfermedad del Rey. El ilustrado viajero fué muy bien recibido en aquella reunion y escuchado con sumo gusto en los certámenes científicos. En aquella época recibió de la Academia de Ciencias de París, título de académico corresponsal; distincion que debió al célebre Mr. Antonio de Jussieu.

Encargado el mismo Jussieu en 1716 de hacer un viaje científico por España y Portugal, para conocer las plantas raras de ambos reinos, propuso al gobierno francés llevar consigo dos de sus mas aventajados discípulos; y el primero en quien pensó fué en don Juan Salvador. El botánico francés fué á encontrarse en Barcelona con su antiguo discípulo, que tuvo el honor de viajar en su propio pais á espensas del gobierno francés. Esta honorífica distincion que no favorece gran cosa al gobierno español de entonces, fué una recompensa justa del mérito de don Juan. Su padre se separó de él, con el gozo consiguiente á la honrosa comision que se confiára á su hijo; y este dió principio á sus herborizaciones con Jussieu, llevando el importante itinerario manuscrito de Tournefort, cuyo trabajo no ha visto la luz pública hasta el dia, á pesar de haber indicado el abate Pourret, estar pronto á ceder una copia, siempre que el gobierno español quisiera publicarlo. Ese itinerario y el de Jussieu serian de gran importancia para los botánicos españoles, tanto mas cuanto que don Juan Salvador no publicó las observaciones de su viaje, por respeto tal vez al gefe de la espedicion. Contentóse el viajero español con formar un itinerario catalan para su uso privado, adoptando en la clasificacion de las plantas la nomenclatura de su maestro. En la Biblioteca de los Salvadores se conserva ese precioso manuscrito con el siguiente título: *Viatge de Espanya y Portugal, fet per ordre de S. M. christianissima Lluis XV y de Monsenyor lo Duc de Orleans, Regent de Franza, desde lo mes de octubre de* 1716 *fins lo mes de maig de* 1717 *inclusive; essent per companys Mr. Antoine de Jussieu, doctor en Medicina de la Facultad de París, demonstrador de plantas en lo jardi real de París, de la Academia de Ciencias etc.; Mr. Philippe Simoneau, grabador de la Academia; don Juan Salvador, apothecari de Barcelona; y Bernard de Jussieu, germá de Mr. lo doctor, estudiant de Medicina. Habent fet diferents observacions botánicas, médicas y altres per la Historia Natural, ab algunas de Geometría.*

Su reputacion creció estraordinariamente con este viaje, y en cambio de las plantas de España y Portugal, adquirió muchas otras, con las cuales enriqueció no poco el herbario de su padre. Ademas de los infinitos regalos que recibió de algunos sábios europeos, como Hermann Boerhaave y otros, la Academia de París le envió una coleccion completa, en la que se representan todos los hechos memorables del reinado de Luis XIV. Este precioso presente, acompañado del libro que sobre su explicacion publicó la Academia, era una expresion fiel del mérito de nuestro catalan. Su estancia en Barcelona fué de mucha utilidad al herbario de don Jaime, que arreglado hasta entonces por el Pinaux de Bauhin, lo clasificó don Juan por el sistema de Tournefort; sin olvidar ninguno de los sinónimos que presenta el autor francés. La minuciosidad con que se dedicó á tan penoso trabajo, añadiendo á la descripcion de cada planta una explicacion del lugar de su nacimiento, de sus virtudes y época de su vejetacion, ha hecho que las personas curiosas se afanen por encontrar una clasificacion igual de las muchas plantas raras que contiene el herbario; pero, ó no llegó á ocuparse de tan precioso y útil trabajo, ó se ha perdido el manuscrito, como ha sucedido con otros tantos del mismo autor.

Libre don Juan en sus primeros años del emba-

te de las pasiones por su mucho amor al estudio, habia pasado de los treinta años sin ocuparse de otra cosa que de sus libros y sus plantas, pensó por fin en casarse á la edad de treinta y cinco años; habiendo vivido en este estado siete años solamente; pues murió el dia 21 de febrero de 1726. La afliccion de don Jaime con la muerte de su hijo no podia tener otro consuelo que la de ser general entre cuantos le conocian. Las lágrimas del padre, mezcladas con las de los amigos, se unieron á las de los principales sábios de Europa, que relacionados con la familia de los Salvadores, sentian á la vez la pérdida de un hombre distinguido y el dolor de un sábio; honra de su profesion y de la España.

No quedó ningun hijo varon á la muerte de don Juan; y su hermano don José, doctor en farmacia, fue el menor, por decirlo asi, del talento hereditario de la familia y de la aficion á la botánica. Este nuevo génio de los Salvadores, recibió en Mompeller los mismos estudios que don Juan, y herborizando en la isla de Menorca, aumentó con muchas plantas escojidas el herbario de la casa. La Academia Real Médica Matritense, nombró á don Jaime y á su hijo académicos de número en 1737, y algunas palabras del oficio que les pasó el secretario de la misma, prueban el aprecio y respeto que merecian de todos. «La »Academia se ha dado mil enhorabuenas de tener por » individuo á un español; que despues de haber ilus» trado gloriosamente su patria, rompió con su fama » la aspereza de los Pirineos, y logró la honra de que » le conociesen y admirasen los eruditos extranjeros. » A la verdad un héroe tan venerable, tan juicioso » y tan peritísimo en la Botánica, Historia Natural y » Bellas Letras, era preciso tambien que ilustrase la » nueva Academia Matritense, para que inflamados » todos los académicos, procuren arribar al logro del » merecimiento con que V. está gloriosamente conde» corado.»

Al año siguiente nombró la Academia á don Jaime director de Farmacia; destino que en 1739 se confirió asimismo á don José, el cual habia pasado dos años viajando por Italia, donde recibió grandes pruebas de distincion de los numerosos amigos de su padre. Al volver de Italia tuvo el sentimiento de encontrar casi ciego al autor de sus dias, y se encargó de regentar la botica. Don Jaime, que por el estado de su vista se veia privado de leer y escribir, se limitaba á oir la descripcion que le hacia su hijo de las preciosidades que traia de Italia. Su extraordinaria memoria tenia admirados á cuantos le trataban, y cuando en el discurso de la conversacion ocurria dudar de alguna cita suya, hacia traer los libros que necesitaba, señalando muchas veces la página donde se encontraba la autoridad de sus palabras. Enmedio de su natural alegría y sublime resignacion, se le veia algunas veces pensativo y triste, ocupado sin duda de la suerte que cabria á su hijo don José, último compañero de sus trabajos y estudios. La idea de que su botica, museo y patrimonio, pasasen á poder de un extraño, como no podia menos de suceder con la muerte de su primogénito, le hizo pensar en el matrimonio de don José, con una hija de don Juan, heredera de aquellas riquezas. Realizóse por fin el sueño dorado del nonagenario naturalista, y en el primer año del matrimonio, un biznieto que se bautizó con el nombre de Jaime Salvador y Salvador, colmó la alegría del buen viejo.

Pero parecia imposible que aquel anciano sobreviviese á un acontecimiento, que habia sido todo su afan, y por el cual habia suspirado desde que perdió el uso de la vista. Así fué que apenas logró ver vinculada su profesion en la familia, cuando le acometió un accidente de paralisis que le impidió el uso de todos los miembros, á excepcion de la cabeza; circunstancia muy notable en quien tanto habia gastado los órganos intelectuales. Hasta el momento de espirar conservó la mayor claridad de las potencias, disputando con los médicos sobre el estado de su enfermedad y los remedios que le parecian mas acomodados para combatirla, atendida su edad, de cuya interesante circunstancia no se desentendió jamás contra el achaque comun de los viejos. Convencidos los facultativos de la superioridad de aquel hombre, cedieron mas de una vez á sus razones; y cuantas personas lo visitaban en tan dolorosa ocasion, salian asombrados de su talento, de su ciencia, y mas aun del estado de su cabeza. Cuando conoció que se acercaba su última hora, pidió todos los Sacramentos de la Iglesia, y despues de haberlos recibido con edificante devocion, bendijo á su numerosa familia, que rodeaba su lecho, y espiró el dia 22 de junio de 1740, faltándole veinte y ocho dias para bajar al sepulcro con noventa y un años.

La franqueza de su carácter, dice Pourret, y su viveza, daban á su conversacion cierto realce que se hubiera admirado aun en un jóven. Siempre le ocurria que decir á los que le visitaban ó le servian, á cuyos principios y carácter procuraba nivelar los suyos. Con los de su profesion discurria sobre materias análogas á ella; con los caballeros, sobre la historia de las guerras pasadas, y sobre las ocurrencias particulares de la ciudad con los vecinos del estado llano. Estos le fiaban no pocas veces sus intereses, y lo acredita el haber sido nombrado en 1697 conseller de la ciudad; distincion á la verdad muy honorífica, y con cuya representacion habia mediado varias veces entre sus conciudadanos y los capitanes generales de los ejércitos, principalmente en la época del famoso sitio de Barcelona, y sucesiva ocupacion de la plaza por los dos ejércitos beligerantes. Entretenia aun hasta á los niños con los sucesos de su infancia; porque tenia una memoria tan particular, que se acordaba todavía de la horrible epidemia que asoló la ciudad de Barcelona desde 1651 hasta 1653.

Don José Salvador no se apartó un punto de las intenciones de su padre, y á pesar de su inclinacion por la Botánica, se ocupaba con preferencia de la Botica. Este distinguido naturalista fué el que pensó mas sériamente en el engrandecimiento del Museo y edificó un salon expresamente para ese fin; donde colocó todas las preciosidades de historia natural y numismática que hasta entonces habian estado apiñadas y sin el el mejor órden. La educacion de su hijo fué una de sus primeras atenciones, tratando de inculcar en su ánimo el amor á las ciencias naturales. Ocupado en tan agradables tareas, y conservando las distinguidas relaciones que le habian dejado su padre y hermano, falleció por fin en 1761, quedando á su muerte usufructuaria del Museo y de la Botica su esposa, por real licencia. Despues de la muerte obtuvo el hijo el mismo privilegio, por no ser facultativo.—Don Jaime Salvador y Salvador, no descuidó tampoco el Museo, y trató de enriquecerle por cuantos medios estuvieron á su alcance, como hoy lo hace su hijo y heredero D. Joaquin Salvador y Bourges, el cual está dedicado con gran aprovechamiento á la agricultura. Siendo el arbolado uno de sus ramos predilectos y sobre el que ha pensado con detencion; dirigiéndose, segun tenemos entendido, al gobierno de S. M. con proposiciones muy ventajosas, para la aclimatacion de ciertos árboles que serian muy útiles en nuestro pais. Funda el señor Salvador sus proposiciones en resultados muy favorables que ha obtenido; y nosotros hemos visto muestras de maderas exóticas, aclimatadas por dicho señor en Cataluña.

Las noticias que acabamos de referir sobre la familia Salvador de Barcelona, prueban lo que dijimos al principio de este artículo sobre el estado en que se hallaban entre nosotros las ciencias naturales, en los siglos XVII y XVIII. El aprecio y la veneracion con que fueron considerados los Salvadores, principalmente don Jaime en el reino extranjero, contrasta tristemente con el papel que hacemos hoy los españoles, estudiando en francés, lo que nuestros vecinos aprendieron en España. Pero duélenos sobre todo oir á ciertas personas que no satisfechas aun con esa dependencia, dicen que las ciencias naturales no se han cultivado en España hasta el siglo XIX. Lo que hace el siglo actual, en ese ramo como en otros muchos, es volver por el nombre que tan justamente adquirieron nuestros antepasados. Esto para nosotros es mucho hacer, y no pretendemos negar que en el estudio de las ciencias naturales, es indispensable seguir el progreso de los siglos; pero queremos, sí, dejar sentado que las ciencias naturales se cultivaron con aprovechamiento en España, mucho antes de lo que ordinariamente se cree; y que si hubieran seguido el impulso de los siglos XVI y XVII, estarian hoy á una altura digna de figurar sobre la Francia y la Alemania.

En cuanto al *Museo-Salvador*, diremos pocas palabras por ser trabajo demasiado grave y árido para nuestros lectores, el enumerar aun ligeramente, las principales preciosidades que encierra. Merece particular atencion el *Herbario*, formado principalmente por don Jaime y don Juan; quienes se valieron para ello de los medios que hemos indicado anteriormente. La familia de los Salvadores ha tenido siempre la mayor complacencia en manifestar el museo de su casa á cuantos han querido visitarlo; y apenas habrá una notabilidad científica, que estando en Barcelona haya dejado de verlo. El botánico puede sacar gran interés de visitar dicho herbario, tanto por hallar con toda seguridad los sinónimos de Tournefort y de Jussieu, cuanto por adquirir una porcion de noticias acerca de la localidad y épocas diversas de las plantas, expresando todo con una escrupulosidad poco comun en aquellos tiempos. La riqueza principal del *Herbario-Salvador*, consiste en las plantas españolas, que dan á conocer el estado de la vegetacion de algunas provincias poco estudiado hasta el dia. Por eso el número que no pasa de 5,000 especies no es lo que mejor idea dá del Herbario.

El célebre La-Gasca examinó diferentes veces el *Herbario-Salvador*, y su respetable firma se lee en el Albúm del Museo, al pie de las palabras que pusimos al principio de este artículo.

Antonio Flores.

RECUERDOS DE SEVILLA.

Articulo II.

En el artículo anterior recorrimos los mas importantes monumentos que encierra Sevilla en la parte del Mediodia y Occidente: prometiendo terminar en este la breve reseña que nos propusimos hacer de aquella ciudad celebérrima, cuna siempre de esclarecidos ingenios.

Cumpliendo, pues, la palabra empeñada, y prosiguiendo el comenzado rumbo, se encuentra á las orillas del Guadalquivir la *Puerta Real*, famosa por haber dado paso á los reyes de España al entrar en Sevilla; y mas adelante las del *Sol*, de *San Juan*, de la *Barqueta* y de la *Macarena*, cuyo barrio es celebrado en toda la Península por el proverbial gracejo y desembarazo de sus hijos.—Casi al frente de esta puerta está situado el magnífico *Hospital de la Sangre*, magestuosa fábrica que no se ha concluido todavía, y que llama muy particularmente la atencion de todos los viajeros.—Fundóse por los años de 1540, conforme á las disposiciones dictadas en su testamento por doña Catalina de Ribera y don Fadrique Enriquez, segun consta en los archivos del mismo establecimiento y de una leyenda que se encuentra sobre la clave de su puerta principal.—Aunque se ignora quién hizo su traza, se sabe sin embargo que Martin de Gainza presentó dos diseños á los priores de San Isidoro del Campo, de San Gerónimo de Buenavista y de Santa María de las Cuevas, los cuales habian quedado nombrados como patronos del Hospital por el testamento de doña Catalina.—La obra estuvo encargada desde un principio al referido Gainza, habiendo sido abandonada dolorosamente á principios del siglo XVII, si bien desde 1557 estaba ya sirviendo de asilo á la humanidad doliente.

Este edificio, que es una de las mejores joyas de Sevilla, pertenece al gusto plateresco, aunque apenas se advierte en él ningun adorno y presenta solamente dos fachadas, situadas al Mediodia y al Occidente.—Tiene en el primer patio la iglesia, que es de una sola nave, y que puede contarse entre los templos mas graciosos del arte moderno.—Trazóla Fernan Ruiz, y empezóse en 1560, viéndose terminada en 1590, treinta años despues precisamente que se abrieron sus zanjas.—Su fachada se compone de tres cuerpos de arquitectura, dórico el primero, jónico el segundo y corintio el tercero, y presenta un todo bello y agradable en extremo.—Sus capillas y muros laterales se ven adornados de excelentes lienzos de Zurbarán, contándose entre ellos algunos de no tan diestra mano, y hallándose en el altar mayor, que es de elegante traza, algunas tablas estimables.—Todo lo demas de este grandioso monumento corresponde al objeto para que fué levantado.

No muy distante del *Hospital de la Sangre* está situado el famoso monasterio de *San Gerónimo de Buenavista*, en donde encuentra el aficionado á las artes no poca materia de estudio; y en donde se contemplaba en otro tiempo el celebérrimo *San Gerónimo*, de Pedro Torregiano, que ahora enriquece el

Procesion del Corpus.

Museo de Sevilla.—Los trabajadores de una fábrica de cristal han reemplazado á los monges en aquel bellísimo retiro; pero aun está allí para admirar á los viajeros el magnífico patio y claustro principal que puede competir en magestad con el *Consulado*, por lo cual ha sido atribuida su traza al famoso Herrera; aun está allí la riquísima escalera que conduce á los claustros superiores con sus esquisitos mármoles, con su gallarda media naranja y rico artesonado; y aun está allí finalmente su gótica iglesia, para recordar su origen y el piadoso pensamiento de sus fundadores.

Volviendo á dar la vuelta á la ciudad se encuentra luego la puerta del *Osario*, que es ya célebre en la historia, y

Alcázar.

mas adelante la de *Carmona*, donde da principio el acueducto conocido con el nombre de los *Caños*, no lejos de la cual se halla situada la *Casa de Pilatos*, tan interesante por las muchas bellezas que encierra, cuanto por las tradiciones de que es objeto.—Créese generalmente que fué trazada con presencia de los diseños que trajo de la Tierra Santa don Fadrique Enriquez, tomados del palacio en que vivió el pretor romano, conservado en medio de los trastornos sufridos por Jerusalen y descrito recientemente por algunos doctos viajeros.—Añádese tambien que el cimiento de la *Casa de Pilatos* fué labrado con tierra que hizo conducir al efecto desde la Siria dicho don Fadrique; y estas opiniones trasmitidas de padres á hijos, prestan al palacio de los duques de Medinaceli cierto prestigio que pasa á veces á ser preocupacion entre el vulgo.—Sea lo que quiera de esto, es lo seguro que todos los aficionados á la arqueologia, que todos los viajeros que vienen á contemplar á la reina de Andalucía, visitan la *Casa de Pilatos* y la admiran como una de las joyas mas preciosas de su esplendorosa diadema. Levantado este edificio á fines del siglo XV y principios del XVI, es indudablemente estraño el que pertenezca á la arquitectura arábiga, si bien modificada algun tanto por la gótica, puesto que en aquella época se estaba ya operando el renacimiento de las artes en toda Europa. Despierta, pues, la *Casa de Pilatos* muchas observaciones con los afiligranados arcos de su bellísimo patio, en donde parece haberse esmerado el lujo oriental; con sus espaciosos salones bordados de mil caprichosos dibujos y cubiertos de ricos artesonados de oro y azul; con su graciosa capilla, en donde se mezclan airosamente los crestones y resaltos góticos con la alharaca musulmana; con su vistosa escalera, cuya media naranja parece recordar la del *Alcázar sevillano*; con sus deliciosos jardines, en donde se conservan todavia los trofeos que trajo de Nápoles don Perafan de Ribera, trofeos que ponen de manifiesto su grande amor á las artes y á las antigüedades: y finalmente, otros mil departamentos de construccion sarracena, que recuerdan aun la riqueza y el fausto de los fundadores. Llaman tambien la atencion de los artistas en estos palacios dos magníficas estátuas griegas, extraidas segun algunos escritores de las ruinas de Itálica, y halladas segun otros en la misma ciudad de Sevilla: ambas se hallan algun tanto maltratadas, y ambas prueban el grado de perfeccion á que llegaron las artes entre los antiguos.—Contigua á la *Casa de Pilatos* está la parroquia de San Estéban, cuyo altar mayor enriquece algunos excelentes lienzos, atribuidos á Zurbarán no sin fundamento.

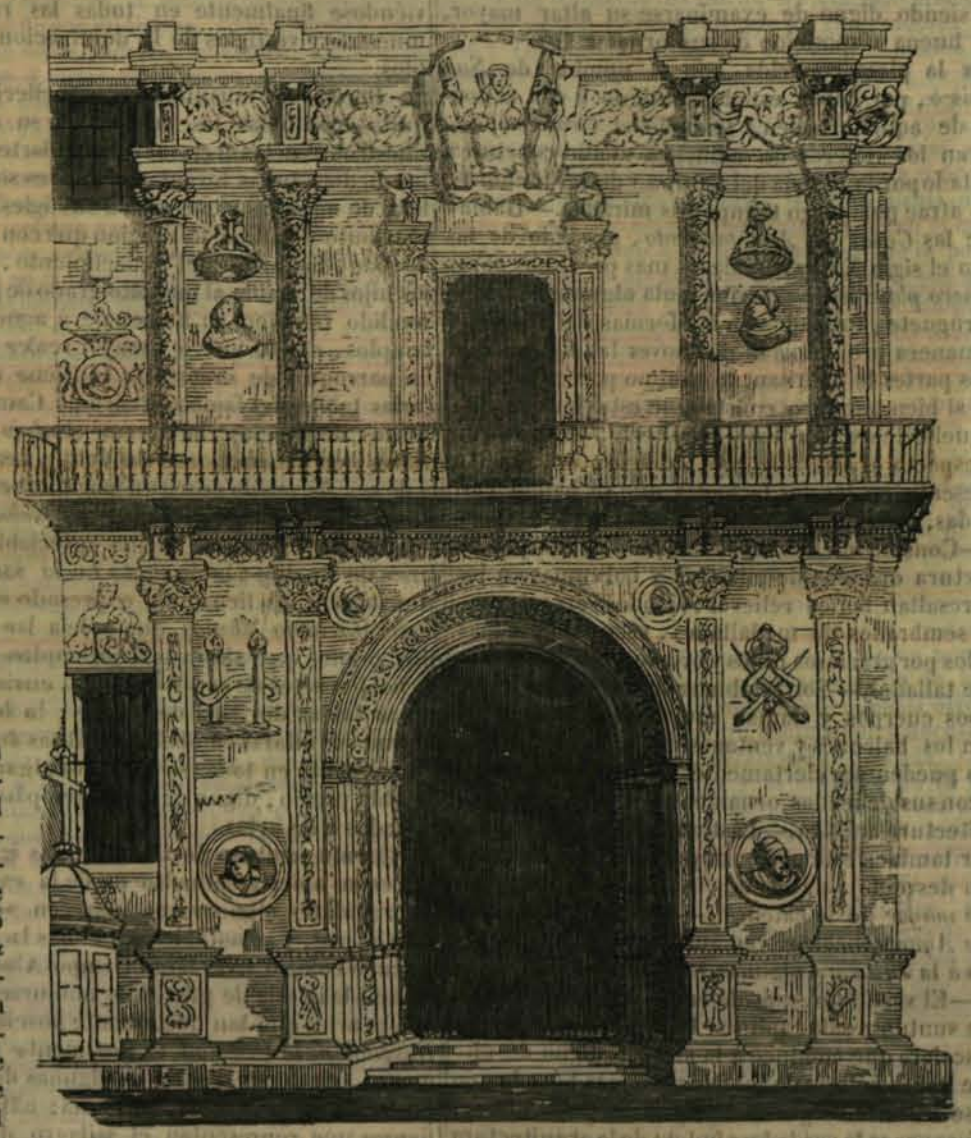
Mas al centro de la poblacion é inmediato al mercado público, se levanta la Universidad literaria, cuya iglesia ha sido últimamente enriquecida por el celo del actual dean de Sevilla con los sepulcros de los mas notables personajes que se hallaban sepultados en los conventos suprimidos.—En aquella linda iglesia, de una sola nave, se han reunido los restos de los héroes de la conquista de Granada, que habian sido profanados en el lugar que escogieron en vida

Custodia del Santísimo.

para su descanso: en aquella iglesia han encontrado asilo las cenizas de otros hombres no menos eminentes, que habian consagrado á la humanidad sus vidas,

Sala de Embajadores.

siguiendo otra mas tranquila senda.—Allí reposa el insigne poeta don Juan de Arquijo, tan celebrado entre todos los ingenios de su tiempo, cubriendo sus restos mortales una humilde losa; allí Benito Arias Montano, gloria de Estremadura y admiracion de Europa, sobre cuya urna cinericia se vé tendida una estátua que le representa, teniendo en su pecho la roja insignia del patron de España y ostentando en su cabeza el bonete de doctor; allí don Lorenzo Suarez de Figueroa, el espléndido maestre de Santiago, cuyos hombros cobija el rico manto de su órden (1), y á cuyos pies se vé echado un perro, compañero fiel de su vida, al cual daba el nombre de *Amadís*.—Y en el cañon de la nave se contemplan en soberbios enterramientos de riquísimo y limpio alabastro las urnas cinericias del valeroso adelantado de Andalucía don Pedro Enriquez, que falleció en el rio de las Yeguas despues de la toma de Granada, á cuya conquista asistió con todas sus fuerzas; del famoso vencedor de Iznajar, muerto en el sitio de Alora de un saetazo recibido en la boca al tiempo de quitarse la babera para otorgar partido á los sitiados; del intrépido Rui Lopez de Ribera, que murió en *servicio de Dios é de su Rey en el Algecira*; del ilustre don Perafan de Ribera, que conoció en Castilla seis reyes (2), á todos los cuales prestó eminentes pruebas de lealtad: y finalmente del celebrado virey de Nápoles, cuyos huesos cubre una gran plancha de cobre en la cual se vé abierta á buril de cuerpo entero su gallarda figura.—Yacen tambien en estos enterramientos doña Beatriz Puerto-Carrero, esposa de Diego Gomez de Ribera; doña Inés Sotomayor de Rui Lopez de Ribera; doña Aldonza de Ayala de don Perafan, el de los seis reyes, y de doña Catalina de Ribera, mujer de don Pedro Enriquez y madre de don Fadrique Enriquez, á quien hemos mencionado ya en el presente artículo.—Todos estos sepulcros se hallan adornados de estátuas yacentes, y todos ofrecen un grande interés para las artes. Pero llaman entre ellos la atencion particularmente los que encierran los restos de don Pedro Enriquez y de su esposa doña Catalina, por la multitud de adornos que los enriquecen, y por la belleza y el esmero de su talla.—Mucho necesitaríamos detenernos aquí, si intentáramos hacer la descripcion de cada uno de ellos, tal como ambos exigen por su magnificencia:—desempeñado ya este trabajo en la forma que nos han permitido nuestras fuerzas en la obra que actualmente se publica en la capital de Andalucía con el título de *Sevilla pintoresca*, remitimos á ella á nuestros lectores, si bien no dejaremos de apuntar que ambos pertenecen al género plateresco y que han permanecido desde que se trajeron de Génova en la Cartuja de Santa María de las Cuevas.—Inmediatas á la bóveda del coro, se encuentran varias lápidas empotradas en el muro de la iglesia, que contienen algunos nombres respetables de nuestra historia: hállase entre ellas una en que se encuentra escrito el del héroe de la conquista de Granada, del valiente adalid que dió en esta feliz guerra la primera y la última lanzada en Zahara y al frente de la córte de Boabdeli, del magnánimo don Rodrigo Ponce de Leon.—Esta lápida colocada allí por el señor don Manuel Lopez Cepero, será un padron eterno del vergonzoso vandalismo de nuestra época.—Don Rodrigo Ponce de Leon, el duque de los Velez, el marqués de Cádiz, tenia su sepulcro en la iglesia del convento de San Agustin, extramuros de Sevilla, sepulcro digno de su fama y de su grandeza.—Pero cuando lanzados del convento los religiosos que lo custodiaban, fué destinado para cuartel de los cuerpos francos; nada se respetó en aquel recinto, y la estátua de don Rodrigo y la urna en que descansaban sus cenizas, fueron bárbaramente despedazadas.—Igual suerte hu-



Portada principal de las Casas Consistoriales.

Corrida de toros.

(1) Los sepulcros de Arias Moncano y de Suarez de Figueroa existieron en el convento de *Santiago de la Espada* hasta ser trasladados á la Universidad—El convento de Santiago fué erigido por don Lorenzo Suarez de Figueroa,—y sirvió largo tiempo de parroquia á los caballeros legos de la órden.

(2) Este don Perafan, que fué el primer adelantado de Andalucía de la casa de los Riberas, nació en 1319 y murió en 1424, habiendo vivido 105 años.

CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTIFICAS SEMINARIO BIBLIOGRAFICO DEL SIGLO XIX

biera cabido á los huesos del ilustre duque, si el patriotismo del señor Cepero no se hubiese apresurado á recogerlos.—La posteridad, que no tendrá rencores ni pasiones, rendirá el homenaje de gratitud á este ilustrado sevillano, que tanto celo ha desplegado en obsequio de las glorias nacionales.

La *Iglesia de la Universidad* contiene tambien excelentes cuadros de Pacheco, Roelas, Cano y Varela, siendo digno de examinarse su altar mayor, por la buena disposicion de sus ornamentos.

En la plaza conocida con el nombre de *San Francisco*, por haber estado contiguo á ella el convento de aquella órden, llamado *el Grande*, encuentran los viajeros un edificio á medio concluir y maltratado por la injuria del tiempo y de los hombres, el cual atrae por largo tiempo sus miradas.—Hablamos de las *Casas de Ayuntamiento*, prodigio de las artes en el siglo XVI y una de las mas preciosas obras del *género plateresco*.—Atribúyenla algunos al famoso Berruguete, fundados en las formas del diseño y en la manera pronunciada de mover las figuras que en todas partes la exornan, lo cual no parece falto de razon; si bien tampoco consta que estuviera en Sevilla aquel célebre escultor y arquitecto.—Sea lo que fuera respecto al autor de este edificio, es lo cierto que presenta en las dos fachadas que se hallan casi concluidas, materia abundante de estudio para los artistas.—Constan dichas fachadas de dos cuerpos de arquitectura ornados de pilastras y columnas en las cuales resaltan bellos relieves; viéndose los intercolumnos sembrados de medallones, escudos de armas sostenidos por graciosos niños y orlados de festones ricamente tallados.—Son tambien admirables los frisos de ambos cuerpos y llaman muy especialmente la atencion los balcones y ventanas del segundo, cuyos arcos no pueden ser ciertamente mas airosos, recordando con sus delicados ornamentos los lindísimos de la arquitectura arábiga.—Lástima es que quedára por concluir tambien esta parte, cuya riqueza puede competir sin desventaja alguna con la de la de la magnífica *sacristía mayor* de la catedral.—En las puertas de la *Casa de Ayuntamiento* se ven aun varios bajo-relieves alusivos á la *Justicia* y algunas leyendas sacadas de la Biblia.—El vestíbulo, que dá entrada en el piso inferior á la suntuosa sala capitular baja y de donde arranca la escalera que conduce á la alta, es digno de observarse por la belleza de los adornos de la bóveda, en donde se advierten algunos vestigios del gusto gótico, dando á conocer la verdadera índole de la arquitectura plateresca.—Pero lo que excede á cuanto pudiéramos decir nosotros, lo que tal vez no tenga igual en toda España, es la *sala capitular baja*, que hemos mencionado.—Enriquecida en todas partes de bellísimos relieves, formando multitud de grandes casetones, presenta en su bóveda todos los retratos de los reyes de Castilla desde don Pelayo hasta Cárlos V.—Allí parece que quiso dejar el arte del siglo XVI una solemne prueba de su fecundidad y lozanía; allí á la belleza y buena proporcion de las figuras se une la riqueza de los paños, la variedad de los trajes, la exactitud en las armaduras que visten no pequeña parte, y finalmente, la gracia con que están movidas las reinas y la verdad que se advierte hasta en los mas insignificantes accesorios.—Muchos pliegos necesitaríamos indudablemente para dar una idea aproximada de lo que vale este soberbio techo, viéndonos por lo tanto obligados á remitir á nuestros lectores á la *Sevilla pintoresca*, si hemos de terminar en el presente artículo la reseña general que vamos haciendo de aquella gran metrópoli.

Además de los edificios que hemos indicado ligeramente enriquecen á Sevilla multitud de iglesias parroquiales, en donde han dejado todas las generaciones una muestra de sus artes, en donde las creencias de todos los siglos han colocado algunas tradiciones. Consagradas la mayor parte en tiempo de la conquista, conservan todavía alguna prenda de la dominacion musulmana, enriquecidas despues por el sentimiento religioso de nuestros mayores, honradas con pingües donaciones por los reyes, los caballeros y los prelados, ofrecen en su seno preciosas joyas, que revelan á un tiempo las costumbres y los instintos de los últimos siglos.—La parroquia de *santa Catalina* ostenta al lado de su gallarda torre arábiga los arcos apuntados de la arquitectura gótica; la de *san Lorenzo*, cuya torre es tambien árabe, presenta en su fachada principal una portada greco-romana del tiempo de la decadencia; la de *san Marcos* al lado de su gallarda torre que algunos suponen haber servido de modelo para levantar la *Giralda* ofrece las archivotas y molduras de la arquitectura llamada bizantina; la de *santa María la Blanca* revela aún que fué en otro tiempo sinagoga; la de *Omnium Sanctorum* tiene junto á su portada de anchas molduras un torreon mitad árabe y mitad cristiano; viéndose finalmente en todas las restantes iguales muestras y vestigios de la dominacion de ambos pueblos.

Pero si los musulmanes embellecieron sus mezquitas con todas las bellezas de su arquitectura; si nuestros abuelos al clavar el estandarte de Cristo sobre las medias lunas levantaron altares sobre los escombros de aquellas y pagaron á sus iglesias parroquiales el tributo debido á la religion que con tan viva fé profesaban, las artes del renacimiento, cultivadas por los hijos de Sevilla al mas alto grado de perfeccion, han rendido tambien su homenaje á aquellos venerables templos, dando nuevo y mayor realce á sus altares.—La parroquia de *santa Ana* contiene en sus retablos varias tablas del famoso Pedro de Campaña y algunos lienzos de Roelas; la de *san Andrés* enriquece sus muros con producciones de Valdés Leal y de Villegas; la de *san Bernardo* posee un magnífico cuadro de Francisco de Herrera el viejo; la de *san Isidoro* ostenta en su retablo mayor otro no menos apreciable del canónigo Juan de Roellas; la de *santa Lucía* varias estátuas de Montañez y un lienzo del expresado canónigo; la de *santa María la Blanca*, que poseia los soberbios medios puntos que ahora se contemplan en la academia de nobles artes de san Fernando, encierra todavía algunas tablas de Luis de Vargas; la de *santa Marina* adorna sus altares con bellas estátuas de Pedro Roldan; y finalmente en todas se conserva alguna joya de inestimable precio, digna de la contemplacion de los aficionados á las artes.

Cuenta tambien Sevilla entre las iglesias que permanecen abiertas al culto desde la exclaustracion de los regulares algunas que merecen ser visitadas por los viajeros, y es notable entre ellas la de *san Alberto*, en cuyo colegio vivió largo tiempo Alonso Cano, dotando á la iglesia de preciosos monumentos en las tres nobles artes que tan doctamente poseia. La *iglesia del Hospital de la Caridad* es finalmente por sí sola un museo, en donde aparecen algunas de las obras mas perfectas de la escuela Sevillana: allí los magníficos lienzos que representan el milagro de las *Aguas de Moisés* y la *Multiplicacion de los peces*, debidos al celebérrimo Murillo: allí los famosos lienzos del cordobés Valdés Leal, que parecen emular la naturaleza con la terrible verdad que representan y allí otros muchos lienzos del gran pintor de Andalucía, de Pablo de Céspedes, y de otros muchos aventajados ingenios.—En los patios de este edificio, consagrado á la humanidad desvalida, existen tambien algunos monumentos de escultura dignos de exámen. Las fuentes que ostentan dos matronas de noble presencia, las cuales parecen ser la *Fé* y la *Caridad* llaman sobre todo la atencion de los inteligentes, por la belleza de sus formas, por la buena disposicion de los paños y mas aun por la gracia de los niños que acarician en su seno.

Obligados en estos artículos á pasar rápidamente por tantos monumentos como avaloran la capital de Andalucía, no nos será posible detenernos á dar una idea de su *Museo de pinturas*, tan lata como deseáramos; si bien no dejaremos de apuntar que este rico establecimiento, situado á la parte occidental de Sevilla, en lo que fué convento de la *Merced*, encierra ya todo lo mas selecto de la escuela de los Velazquez y Murillos.—Las obras de este último ocupan por sí solas un salon extenso, viéndose brillar entre aquellos inapreciables cuadros el famoso *san Felix de Cantalicio*, el *santo Tomas de Villanueva*, la *Virgen de la Servilleta*, la *Concepcion* grande de Capuchinos, objeto de curiosas tradicciones artísticas, y otras muchas producciones que de dia en dia hacen resplandecer mas la corona del *pintor del cielo*.—Zurbarán tiene tambien en el *Museo* los mas auténticos testimonios de su gloria: el gran cuadro de la *Apoteosis de santo Tomas*, tan elogiado como envidiado de los extranjeros, ocupa un lugar preferente en el primer salon del *Museo sevillano*. Aquel genio sombrío recogido siempre en la oscuridad de los claustros, agitado siempre por el infortunio, pareció hacer un colosal esfuerzo al concebir tan sublime creacion, y legó á su patria una obra magnífica en donde se revelan al mismo tiempo su genio y los dolores de su vida.—Y no se crea por esto que nosotros suponemos exento de lunares á este cuadro: los lectores que quieran saber nuestra opinion mas extensamente pueden recurrir al libro II de la *Sevilla pintoresca*, en el cual hemos consagrado algunas páginas al exámen filosófico de estas grandes producciones.—Allí apreciamos el genio de Zurbarán tal como nos ha sido posible en nuestras cortas fuerzas; pero deseando el mejor acierto.—Véase tambien en el *Museo* de Sevilla excelentes tablas de Francisco Frutet, soberbios lienzos de Pablo de Céspedes, de Valdés Leal, de Herrera, el viejo, de Juan de Varela, de Alonso Cano, Francisco Pacheco, Roelas y otros muchos discípulos de la *escuela sevillana*, cuyos solos nombres bastan para acreditar cualquiera produccion en este género.—Contémplase en el mismo establecimiento el celebrado *san Gerónimo* de Pedro Torregiano, obra superior á todo elogio; el bellísimo *Crucifijo* de Juan Martinez Montañez que perteneció á la Cartuja de Triana y otras esculturas de Roldan y de Solis, con algunos fragmentos de estátuas extraidas de las últimas excavaciones de Itálica, que ya revelan el brillante estado á que llegaron las artes en tiempo de Augusto, ya demuestran el grado de decadencia á que vinieron mas adelante, cuando comenzaba á desmoronarse el imperio del mundo.

Para terminar el presente artículo repetiremos aquí lo que dijimos en el anterior: en Sevilla puede estudiarse la historia de las artes y al mismo tiempo la marcha de la civilizacion española, deduciendo una y otra de los monumentos que aquella hermosa ciudad conserva en su seno. Al lado de un torreon *árabe* hay un torreon *latino*; al lado de una obra del renacimiento un edificio gótico de grandes proporciones.—Al lado de los muros de César está la torre de *D. Fadrique*; al lado de la *Catedral* el *Alcázar*, al lado de la *Lonja* la *Torre del Oro* y la *Fábrica de Tabacos*.—Y para recordar el siglo de oro de la nacion española el *Hospital de la Sangre*, las *Casas de Ayuntamiento*, la *Iglesia de la Universidad*, y el *Museo* provincial, que tantas preciosidades atesora.

Quien no vió á Sevilla
no vió maravilla:

Esto dice el proverbio, y esto repetimos nosotros.

JOSE AMADOR DE LOS RIOS.

FILOSOFIA DE LA HISTORIA.

CABALLERÍA.

ARTICULO I.

Si la historia es la filosófica apreciacion de los hechos, y si es la civilizacion un hecho moral positivo, complexo, para cuyo exámen deben entrar en cuenta el elemento de la vida individual y el de la vida social; si no hay institucion, por transitoria que haya sido, que deba desatenderse cuando ha estimulado el desarrollo de estos dos elementos, ó bien el de uno de ellos, las instituciones, el comercio, la industria de los pueblos ó las creencias religiosas y filosóficas, todo aquello en fin, que interesa mas al perfeccionamiento del hombre interior que al de la vida pública, una sinrazon no pequeña pesa sobre la benéfica institucion de la caballería, que fué relegada del campo de la historia, por considerársela como del exclusivo y único dominio de las cántigas y rondeles, de los trovadores y juglares. Pero si se atiende á que solo en la poesía estaba formulado en un principio el sentimiento íntimo del individualismo, que en la *gaya sciencia* se habia refugiado, si puedo valerme de la siguiente expresion, toda la psicología de la época con sus delicados sentimientos y finas creencias que constituian el núcleo de la caballería, si se atiende además á que el desarrollo moral del hombre fué siempre un objeto extraño en el modo que concebian la historia aquellos meros narradores ocupados exclusivamente en la enumeracion de los ejércitos y en formar el catálogo de los reyes ¿qué mucho que solo la poesía se encargase tambien de trasmitir á la posteridad la parte que correspondia en la historia

á este mismo individualismo bajo la forma de su creacion mas bella, con todo el poético aparato de una institucion que era el primer móvil de todo notable acontecimiento? Poco ó nada se curaban en verdad de escribir los anales de los pueblos los únicos que podian considerar al hombre aislado en toda su influencia sobre la civilizacion, aquellos antiguos paladines ocupados con la idea de sí mismos y del momento presente, al paso que resonaban para honesto ejercicio y alivio de los trabajos de la guerra la relacion de tantos nobles hechos de armas emprendidos y terminados por el amor á Dios y el amor de las damas. Y cuando los otros conocimientos humanos se acogian al solitario abrigo de los claustros, porque mal se avenian con el estruendo de las armas y el tumulto de los campamentos á cuya sombra medraba y se robustecia la ciencia de los trovadores, formando de esta manera aquella extraña amalgamá de ternura y de rudeza, la civilizacion fué comprendida por los filósofos ascetas como podian únicamente comprenderla los que vaciaron sus ideas en la matriz de la literatura griega y romana, en Aristóteles, Jenofonte y Tito Livio, y á la par de los juglares que en rimados metros conservaron las tradiciones que tenian por objeto al hombre, se conservó la historia de las sociedades, de la vida comun, por los mismos que se habian refugiado á ella renunciándose á sí mismos. Este hecho era una consecuencia precisa del género de vida que unos y otros habian abrazado. Para unos y otros el porvenir era incierto, el presente pertenecia *al hombre* y solo se curaban de lo pasado los que renunciando á las armas se constituian depositarios de la ciencia. Mas adelante *el hombre* se confundió en el estado, la vida individual y la vida social constituyeron la civilizacion y por una extraña injusticia una de la mas brillantes formas de la primera, la institucion que ha sido acaso mas fecunda en resultados, siguió considerada como una fábula y como del exclusivo dominio de la poesía, por hallarse asociada sin duda, si no á la mitología de la risueña Grecia, á otra, por lo menos sensual, mas vaga y fantástica, como nacida entre nieblas sombrías bajo el oscuro cielo de las gigantescas regiones del Norte. Acaso como una casta y hermosa matrona que ve menospreciada su hermosura porque crece á su lado la hermana que nutrió á sus pechos, si no tan hermosa, mas asequible y liviana, pudiera llorar la Caballería los desdenes de la historia cuyo amor le robó el feudalismo como mas fecundo en resultados sociales. Pero el miopismo histórico tocó á su término, cuando la ficcion y la verdad se devolvieron lo que mútuamente se habian arrebatado. Ocioso parece al hablar de esta fusion repetir el nombre que á todos asomará á los labios, el nombre del fundador de la historia pintoresca, el nombre en fin de Walter-Scott.—Entre dos elevadas montañas, álzase enhiesto un verde y florido collado, como entre la civilizacion romana y el feudalismo se presenta la honrosa, tierna y fecunda institucion de la Caballería.

Pudiera ampliar considerablemente estas reflexiones, si fuese mi objeto demostrar que toda tendencia buena ó mala que se manifieste en la literatura tiene sus raices en la realidad social y que á su vez es una reaccion la influencia que pueden ejercer sobre la sociedad las mismas tendencias formuladas por las letras. Pero esta proposicion que es aplicable á la filosofía en general, me apartaría del objeto que me he propuesto, que no es por ahora el estudio de la influencia que ejerció la Caballería sobre la civilizacion de Europa. Nadie, además como el inmortal Cervantes comprendió la segunda parte de aquel teorema. El Quijote nació, como nadie ignora, de la exagerada reaccion que los libros de Caballería ejercieron sobre la sociedad, cuando al tocar aquella benéfica institucion á su ocaso, solo quedaban impresos en la mente del vulgo, harto propenso á lo maravilloso, la exaltacion y los abusos que eran verdaderas superfetaciones de lo que mas ennoblece al hombre, el valor y el amor. Por eso, dejando estas consideraciones á un lado, vendremos á nuestro propósito examinando los varios elementos de que se formó la Caballería.

Aun cuando parezca supérfluo, despues de las ideas emitidas suficientes á mi modo de ver para fijar el sentido de esta palabra, entrar en su explicacion debe hacerse no obstante para evitar toda acusacion de vaguedad, pues la palabra Caballería puede significar cosas entre sí muy diversas.

Segun nos refiere Tácito, á quien citaremos en adelante muy á menudo, los germanos, en cuyas costumbres se vé el primer elemento de aquella institucion, hacian consistir el nervio de su tropa en la infantería y entresacaban de ella la flor para vanguardia ó para interpolarla á sus caballos. Lo que no debe extrañarnos, atendido el poco uso que de ellos hacian, y que no podia ser de otra manera en una region, como la llama el mismo historiador romano, destemplada y montaraz. Los elegidos pues, los mas bizarros entre todos eran conocidos por los primeros historiadores con el nombre latino de *milites*, designándose en la propia lengua como *del centenar* por llegar á ciento por rancheria el número de ellos. Pero cuando aquellos pueblos llegando á bandadas del Norte cayeron sobre el imperio de Occidente que abandonaron á la rapacidad de los Atilas y Velamires la incuria de los emperadores y la perfidia de sus ministros, todo guerrero eminente desdeñóse en lo sucesivo de combatir á pié porque habia salido á otras regiones en su mayor parte llanas y fértiles donde los guerreros á caballo deberian jugar, como jugaron en toda la edad media, el mas importante papel en aquellas sangrientas escenas de desolacion y esterminio que valieron el renombre de azote de Dios al mas cruel invasor de la Italia, no mucho despues de jactarse Ataulfo que habia procurado esterminar el nombre romano de sobre la faz de la tierra. Esta diferencia en el modo de hacer la guerra se explicaba tambien facilmente. Mientras los germanos permanecieron emboscados en el hosco é ingrato suelo limitado por el Rhin y el Danubio, su constitucion y la naturaleza de aquel hacian posible la guerra por familias en que cada cual peleaba reunido con sus deudos, y en la que no tenian escasa influencia las mujeres. Pero esta manera de guerrear que puede considerarse hasta necesaria en la propia casa, hízose imposible en la ajena, porque si es la familia en los hogares un poderoso aliciente al heroismo, no es menos enojoso estorbo y embarazo á los conquistadores. Puede decirse por consiguiente que cuando en España, en las Galias y en Italia eran desconocidos los cuadros de infantería esta era nula, y asi es que el modo de pelear fué entonces agrupándose los infantes en derredor de los caballeros que se consideraron en lo sucesivo como en la Germania los llamados del *centenar*, esto es, como los mas bravos entre todos y el nervio principal de la guerra. Y de esta idea de heroismo, de esta idea de bravura propia y peculiar suya, amalgamada despues con ciertos sentimientos, costumbres é instituciones que tendremos que examinar viendo la parte que en ella tuvieron el elemento germánico y otros, nació aquella mezcla de rudeza y de galantería de supersticion y de impiedad, de franqueza y de reserva que tanto chocan hoy á nuestras costumbres y que formaron la poética y brillante Caballería cuyo exámen nos proponemos, falsamente considerada por algunos como enteramente diversa de aquella dignidad que, inherente desde el siglo X á los primeros puestos de la milicia, se concedia por una especie de investidura y mediante ciertos solemnes juramentos y ciertas ceremonias religiosas y militares. Con diversas galas ataviada, la hermosa y agreste doncella nacida entre los bosques seculares de la Germania fué en adelante la maga poderosa, la conquistadora del Oriente que impelia al desierto á aquellos innumerables ejércitos en que parecia agotarse la cristiandad entera. Capitanes ó aventureros, ¿en qué se diferenciaban el hospitalario Turisando, rey de los Gépidas, sentando á su mesa por honor á la hospitalidad al asesino de su hijo, el leal Rudigero, Ricardo Corazon de Leon, Duguesclin, Bayardo y D. Suero de Quiñones? Nada en el fondo y algo en la forma era la única desemejanza que entre ellos existia. Al sentimiento del honor, al amor galante, á la lealtad, que eran las dotes de un buen caballero, añadió su barniz de cortesía cada siglo que pasaba, y la Caballería primitiva fué sancionada, no relevada, por el cristianismo, las empresas del Oriente, la nueva organizacion de la milicia y los abusos del feudalismo. Si hubiésemos de apreciar debidamente la influencia que ejerció sobre la Caballeria cada uno de los elementos que á su formacion concurrieron, fuera preciso recorrer la historia entera de la civilizacion europea, pues hemos sentado el principio de que la Caballería como fórmula ó expresion del individualismo del aprecio del hombre interno es una parte tan esencial en ella, como pudieron serlo hácia la misma época el Código de los visigodos y despues las Capitulares de Carlo Magno en representacion de la sociedad. Pero no haré sino tocar apenas lo que con alguna detencion quisiera examinar.

Seguramente es un espectáculo grandioso el que presenta el mundo romano en la época misma de su decadencia, cuando corroida por el tiempo y las vicisitudes la hermosa corteza de sus formas, deja ver uno á uno los ocultos elementos de su colosal armazon desmoronada no en tan pequeños fragmentos que puedan ocultarse á la misma vista de los Césares. Innumerables veces han sido descritas las causas de esta decrepitud, porque hecha la autopsia del imperio fácil ha sido deducirlos *á posteriori*. Pero en qué pudo fundarse mucho antes, en los últimos años de aquella soberbia república, la desconfianza del gran Julio César y despues el triste vaticinio de Tácito, cuando temerosos uno y otro por el porvenir del mundo romano vieron la última sentencia de su patria no tanto en el desordenado esfuerzo cuanto en el espíritu de independencia germánico? Con sentimiento me abstengo de trascribir un elocuentísimo pasaje de este historiador en que con breves palabras, aunque no sin amargura, refiere el escarnecimiento que de las armas romanas hacian los bárbaros invasores, que solo á fuerza de sangre y sin ser nunca aterrados eran contenidos sobre las fronteras del Norte.—Y era esto precisamente mas de tres siglos antes que los emperadores Honorio y Teodosio el jóven, que palpaban el mismo peligro aunque desconocian su origen, buscasen en las reuniones de Arlés una eficaz panacea para el porvenir, no concibiendo ni por asomo la política romana tan celosa de su autoridad, que podia recurrirse al hombre como sér independiente para volver la unidad y la fuerza al extenuado imperio. ¡Cuánto habia degenerado ya este, no solo en las armas, sino en lo que mas hubo de contribuir á su grandeza que fué la política y la prevision de los sucesos en la mente de sus grandes pensadores! Hasta Teodosio el jóven, la organizacion militar y administrativa, pudieron prevenir la disolucion interior que le minaba y el torrente que por defuera amagaba sumergirle. Cuando esta administracion faltó, porque faltaron con ella las antiguas creencias, ¿qué valió la convocacion de aquellas asambleas que no podian volver al mundo romano la unidad antigua nacida de su gran metrópoli que dominaba como una gran señora, y que tampoco era posible porque no lo era la centralizacion de fuerzas cuando el espíritu de municipalidad todo lo habia invadido, cuando se encerró cada ciudad en sus muros, dejando perecer al imperio porque ninguno queria pertenecerle, porque habia caido en desprecio el nombre antes tan apetecido de ciudadano? Así que, cuando ya no hubo un nombre de ciudadano que oponer á la independencia de los germanos, cuando no hubo otra independencia otro individualismo igual al que era tradicional y necesario en ellos, ¿qué hubo para contrarestarlos?—nada. La vista de Roma entrada á saco y la invasion de la Galia y de España hizo pensar á Honorio por la vez primera en lo que tres siglos antes habia pensado aquel historiador filósofo; pero era ya tarde: y al solicitar la amistad de Ataulfo promoviendo el mútuo encono de los visigodos y las otras tribus invasoras, abrió á aquellos las puertas de España y las puertas de la Italia á toda la Germania. Nada mas extraño pues en tanta desolacion que el espíritu caballeresco, que reconocia como su principal fundamento la independencia del hombre al genio romano. La generosidad y el platonicismo, el amor y la adoracion de la mujer y el enajenamiento del hombre en favor del hombre, la fé ciega en la Providencia y el convencimiento íntimo de la libertad individual, que eran las mas pronunciadas facciones de la hermosa Caballería, ¿qué punto de contacto podian tener con el sórdido egoismo de un rebaño de esclavos, y el cinismo asqueroso de aquellas saturnales del imperio? ¿Qué tuvo que ver la hermosa reina de los amores y de la belleza en la edad media con la mujer romana que no era mas que la esclava de un esclavo, ni que el amor idólatra tímido y respetuoso de nuestros mayores con la asquerosa prostitucion que hacia á los padres tolerar en su misma casa á las rameras de sus hijos? ¡Qué diferencia entre aquella galantería grosera, y licenciosa de Plauto y de Terencio y la fina, delicada y tierna galantería que como la última brisa de una tarde de primavera nos quedó consignada en las producciones de Calderon y Lope de Vega! Pero no obstante, la civilizacion romana contenia en sí cierto gérmen de grandeza que resaltando á los ojos en sus monumentos colosales hablaba mas profundamente al alma porque todo tenia el carácter de la vida y de la duracion aun en la última agonía de la ciudad eterna. Y si se añade á la elevacion y magnificencia romanas, la cultura meridional inherente á la civilizacion latina, eficaz estímulo sino del punto que era la basa de la Caballería, de su delicadeza al menos, de su parte ideal, imposible será no convenir en que si aquella institucion no pudo salir nunca de la constitucion del pueblo rey, hallóle sin embargo dispuesto en sus últimas horas para recibir la huella del desarrollo caballeresco cuyos primeros gérmenes habia de sembrar el Norte en las regiones del Occidente.

Háse repetido con frecuencia por los historiadores del último siglo y aun á principios de este, que fué la invasion de los bárbaros como un torrente devastador que arrollando en su curso hasta los últimos restos de la civilizacion romana, envolvió á la Europa en un espantoso caos, en el que leyes, literatura, monumentos, bellas artes, todo habia perecido como en un comun naufragio. Prescindiendo nosotros de que semejantes asertos han sido una precisa consecuencia de las teorías filosóficas á la sazon sustentadas y prescindiendo de que hemos considerado ya á la civilizacion antigua

como incompleta por no constar sino de un elemento, y á mas de esto funesta por su tendencia á la opresion y al egoismo, solo vemos ahora entre otras cosas al tiempo de la conquista una saludable reaccion en las costumbres y en la legislacion de la que tenemos en España pruebas harto palpables, reaccion que si bien un tanto funesta al principio á las bellas artes y letras, inaugurando el genio de Cárlo Magno varió con respecto á las mismas su direccion torcida y amalgamó á la antigua consideracion de ciudadano, otra consideracion de mas elevada esfera, origen de toda accion generosa, fuente del heroismo y del mas noble enajenamiento.

Innumerables son los pasajes de Tácito y de Julio César en que se pondera la independencia de los bárbaros que no reconocian mas impulso para sus empresas que el poderoso de las familias; que no reservaban sino los asuntos de menor interés al arbitrio de los príncipes, siendo estos mas que verdaderos soberanos como á manera de caudillos á los que nadie rendia párias en punto á valor y virtudes. Sabemos ademas que cuando habian de reunirse las asambleas para deliberar con las armas en la mano tardaban á veces en verificarlo muchos dias, porque tal era su libertad que cada cual moraba donde el manantial, vega ó bosque le brindaban, abandonándolos únicamente cuando eran requeridos por el comun peligro. Es ademas un hecho incontestable, por lo muy reconocido, que el sentimiento de la propia independencia se resuelve en el sentimiento del individualismo, y que de ambos es un engendro el sentimiento de honor desconocido en las sociedades antiguas. El sentimiento del amor, ese sol vivificador del alma del que dice madama Stael ser un sacrificio, un olvido de sí mismo incompatible con la fria razon ó la inmoralidad, no podia tampoco amalgamarse con el menosprecio del hombre aislado, con la servidumbre de la mujer en las antiguas repúblicas, y con la escandalosa é imponderable corrupcion de costumbres del imperio, con cuyas mujeres comparadas las nuestras mas prostituidas, fueran otras tantas Lucrecias, otros tantos modelos de virtud y de recato.

De todos los sentimientos que formaban la esencia de la Caballería, solo la exaltacion, el amor de la gloria pudo ser comun á aquella y á las sociedades antiguas. Y aun si bien se examina la bárbara virtud, la feroz sangre fria de Bruto, el desprendimiento de Cincinato, el heroismo de Clelia, mas tuvieron del amor patrio que del entusiasmo del deseo de la fama. No fué seguramente igual en un todo la firmeza de Guzman el Bueno á la del primer cónsul romano. Sin embargo, quede sentado que la exaltacion fué comun en ambas épocas como lo hubiera sido el sentimiento del amor si la austeridad desmedida en un principio y despues una depravacion poco menos que fabulosa no le hubiesen hecho la primera frio y material, y liviano y grosero la segunda.

Imposible es no tocar ahora aunque de paso este punto, pues el exámen de los sentimientos del corazon es en extremo importante cuando se trata de averiguar los elementos del *todo* que nos ocupa, que son como las diferentes capas ó *formaciones* en la constitucion de nuestro globo, ó como aquellas generaciones que, segun pasan, van añadiendo una piedra mas á la pirámide que ha de ser la grande obra de los siglos. Basta no obstante convenir por ahora en que de los sentimientos nacieron las costumbres que no fueron sino los mismos sentimientos transformados en hábitos. Así de la independencia del individualismo fué correlativa la cortesía; de la lealtad, la hospitalidad, la fé en la palabra empeñada que influyó hasta en la legislacion goda, siendo desde entonces la mera promesa, como la solemne estipulacion romana, válida y obligatoria. El honor prescribió á los hombres como un deber presentar sin mancha á los ojos del mundo la propia reputacion, así como debian presentar el alma pura ante el supremo Juez. Nació de aquí el duelo desconocido tambien en la antigüedad con su correspondiente cortejo de justas lides y torneos que fueron como el foco donde se concentraban la bizarría, el honor, la lealtad, el amor, la cortesía, el entusiasmo en fin llevado hasta un extremo que raya casi en lo ideal. Del amor por último nació la galantería, y de la exaltacion la liberalidad; todo lo que hubo de mas grande é increible en ese bello episodio del mundo, que fué durante mucho tiempo, cuado hasta la idea de gobierno era una quimera, la única fuerza amparadora del débil y la única fuerza represora de la desolacion y de la anarquía.

Inútil parece ahora advertir que en el mismo punto de reconocerse en este artículo, que fueron aquellas costumbres los mismos sentimientos transformados en hábitos, debe deducirse que fueron la obra de muchas generaciones; pero basta echar aunque no sea mas que una rápida ojeada sobre las costumbres de los pueblos del Norte para ver allí el primer elemento, el embrion, por decirlo así, de la institucion que examinamos, y reconocer en la Germania como en una inapercibida crisálida los primeros gérmenes de la variada y brillante Caballería que habia de recorrer la Europa para acabar su vida absorbiendo la savia del lujo y de la cortesía del Oriente.

Muy numerosos son los pasajes en que pondera Tácito la independencia de los germanos hasta el punto de creerla suficiente á desmoronar el poder de Roma. Por él mismo sabemos que jamás usó ningun bárbaro de las armas sin que antes se le habilitase para ello por una especie de investidura entregándosele la frámea y escudo por mano del caudillo despues de haber hecho el candidato en su compañía el aprendizaje de la guerra. Mil veces tambien en el trance de cejar en ademan de arrollados fueron contenidos los bárbaros por sus madres y mujeres, á las que despues acudian pasada la refriega para que varonilmente contaran y curasen sus heridas, lo que hacian no de otra manera cual nos presenta el Tasso á la tierna Erminia, que conocedora de la salutífera virtud de las plantas,

«Ella l' amato medicar desia »

Por esta razon, porque participaban de todos los trabajos de la guerra siendo á veces con sus agüeros el móvil poderoso que á ella los impelia ó que en su ardor los refrenaba, vieron los germanos en la mujer la compañera, no la esclava del hombre y casi la divinizaron hasta el punto de atribuirlas cierta santidad ó espíritu profético. Esta fué la semilla del amor caballeresco que mas adelante fecundizó el cristianismo. Acaso ningun pueblo tampoco llevó jamas la lealtad tan adelante como el pueblo germánico. El que perdia su libertad á los dados esclavizábase voluntariamente dejándose maniatar y vender aun cuando fuese mayor su fortaleza, por honor á la palabra empeñada. Fieles en fin y hospitalarios de su nacion en la guerra, y errantes en la paz hasta el punto de alistarse como simples aventureros en extrañas naciones, habituados al duro ejercicio de las armas aun por mero pasatiempo, sensibles al aplauso de sus mujeres y estimulados los mozos á recibir por galardon de sus proezas las armas y el bridon de sus padres, fueron los invasores del mundo romano los que presentaron con sus costumbres en la vieja Europa la aurora de la radiante Caballería que iba á ser la señora del universo.

FERNANDO DE MADRAZO.

UN VIAJE

A LAS PROVINCIAS VASCONGADAS ASOMANDO LAS NARICES EN FRANCIA.

ARTICULO VI.

EL PASO DE LA FRONTERA.

Ya llegó el instante fiero
Silvia de mi despedida,
Adios, España querida,
España del alma, adios.

(ARRIAZA Y YO.)

Por si no estaba escrito en el gran libro de los destinos que habia yo de pisar algun dia el territorio francés, escribo ahora este artículo, en el que doy fé de haberlo pisado. Esto tendrá menos mérito que lo otro; pero es mas lógico en cambio. Y en un siglo como el que corre, en que cada editor es un profeta falso, cada prospecto una mentira, cada programa ministerial un *tente mientras cobro*; y hasta los anuncios de teatros necesitan el «Dios mediante» de las empresas, vale mas contar lo sucedido que hablar de lo que ha de suceder. El porvenir me tiene tan sin cuidado alguno, que así hago caso del tono enfático de los profetas, como de las rayas y cruces de las gitanas. De loco á loco, cero. El destino es una teoría como otra cualquiera; el acaso es una realidad como ninguna. El cabecilla *quién pensára*! haciendo la guerra de emboscadas y sorpresas, es un enemigo formidable contra los planes combinados del hombre y el porvenir.

¿Quién imaginaria, quién creyera,
quién pudo sospechar, ni quién pensára
que yo de España un punto me saliera
y medio punto en Francia me colára?

Yo creo que nadie se habria ocupado de profetizar semejante cosa, por no ser en verdad asunto de gran importancia; y á no encontrarse á la mano un puñado de casualidades, estoy por asegurar que se quedan los franceses sin el gusto de ver mis huesos en su pais. La casualidad de estar yo alojado en el *Parador Real*, la circunstancia casual de asomarme media hora al balcon, la casualidad de ver una diligencia que se disponia á partir, la pregunta casual que hice yo de la direccion que tomaba el coche, el haberme contestado casualmente que iba á Bayona, y la casualidad de distar esa ciudad francesa ocho horas de San Sebastian, me hizo solicitar un asiento que casualmente habia vacante. Con cuyo cúmulo de casualidades *nous voila en route*; (ahora conviene ir sacando al aire el poco francés que uno aprendió en sus buenos tiempos para quitarle la polilla antes de llegar á Francia.)

Hice el cofre en dos minutos, pedí pasaporte para el extranjero en medio segundo, me pusieron obstáculos de veinte dias lo menos, y me taladraron los oidos con el comandante general creyendo sin duda que yo era militar, ó confundiendo ellos entre sí las autoridades militares con los derechos civiles. Semejantes obstáculos eran poca cosa, y convencido de que entre los muchos cuidados que tiene la Providencia sobre sí, uno de ellos es velar por las leyes de España, y resolverlas en los casos dudosos, me entregué en los brazos del destino, y con un simple refrendo para Irun, me propuse entrar en Francia. Acomodado en un asiento de imperial (vulgo *banquette*) repasé las alturas de Oriamendi, continuando el camino que habíamos abandonado en Hernani, y á la media legua nos encontramos con la villa de Astigarraga. De allí pasamos á Oyarzun, y mis compañeros de viaje que no ignoraban el mal estado de mis documentos civiles, daban por cierta mi detencion en la frontera; sin hacerse cargo de que la Providencia velaba por mi suerte; si puede llamarse tal la de pisar el territorio francés. Por fin llegamos á Irun; el coche paró como de costumbre en el registro de pasaportes, y todos los que llevaban el suyo en regla, se fueron á refrendarle en derechura. Yo habia procurado dormirme mas de una vez durante el camino para ver si cazaba alguna revelacion, ó se me aparecia alguien en sueños á decirme: «tu pasaporte para el interior se ha convertido en otro del extranjero;» y salva sea la osadía con que penetré en el despacho del refrendador, no tenia ninguna esperanza de poder pasar al vecino reino. Pero el dia 23 de agosto de 1844, me daban guardia de honor las casualidades, y una de las mas estupendas que pueden imaginarse, me sacó 40 rs. del bolsillo y con ellos un pasaporte para el extranjero. La Providencia representada por el último número de *El Laberinto*, que se habia publicado en Madrid durante mi ausencia, se me apareció sobre la mesa donde se visaban los pasaportes. A pesar de que la forma en que se encontraba no era la mas propia para una persona de tan elevadas circunstancias, yo la conocí súbito, y me alegré mas de verla allí que de encontrar un fiador con casa abierta. Mientras el secretario de la subdelegacion de policía (excelente sugeto por cierto) rubricaba pasaportes á destajo, yo crei segura la concesion del mio, fiado en el amor filial del *Laberinto* hácia su padre ó director. Todo consistia en hacerle saber al secretario que el jóven Flores, á quien desgraciadamente conoceria por sus escritos, y el que en aquella ocasion solicitaba pasaporte, eran dos demandantes distintos, y un solo agraciado verdadero. Entre otros caminos para hacer aquella indicacion

habia el *muy modesto* de decir: con permiso de V. voy á ver cómo sale el *Laberinto* desde que yo no le dirijo. Hícelo asi y la cosa salió tan á pedir de boca, que sin mas protestas de mi parte, ni preguntas de la policia, obtuve un pasaporte, que sino valia dos duros intrínsecamente hablando, era lo único que hacia falta para pasar los Pirineos. Yo habia echado mis planes de tal modo, apenas vi el periódico sobre la mesa, que no podia menos de salir adelante con mi solicitud.—Si á este buen señor, decía yo para mi, le gustan mis artículos, lo cual no es fácil, tal vez en gracia de la gracia, me hará la de servirme en esta ocasion; y si lo que es mas probable, añadia yo mismo, le disgustan, aprovechará la ocasion de lanzarme fuera de España para que no le vuelva á mortificar con ellos. Una de ámbas cosas hubo de suceder, y yo me inclino á creer que fuese la segunda, por lo mismo que el dicho señor tuvo á bien cubrir su generosidad con la primera. Sea de ello lo que se quiera, cierto y muy cierto es que yo alcancé lo que deseaba, en menos tiempo del que tardaron en dar la voz de «al coche»; asi que tuve tiempo para dar un paseo por el último pueblo de España; viendo á lo lejos el monte de *San Marcial*. Ni del mariscal Soult, ni de los 18000 franceses que le derrotaron allí los españoles el dia 31 de agosto de 1813, habia quedado otra cosa en aquel sitio que una capilla y una lápida sepulcral, sobre las cenizas de los que murieron en aquella célebre jornada. Pocos dias faltaban para que el cañon que se conserva en la capilla hiciese uso de su privilejio, saludando con salvas el aniversario de la batalla; pero no era este motivo suficiente para trastornar nuestro viaje; y acomodados nuevamente en la diligencia, abandonamos el pueblo de Irun.

Puente de Behovia.

Los carruajes que corren desde Bayona á San Sebastian y viceversa, son de una compañía francesa, y con este motivo no sufren alteracion alguna en Irun. Las diligencias que van á Francia desde Madrid, cambian el trage, la servidumbre y hasta la voz en dicho punto. En el último pueblo de España entran los caballos franceses á relevar las mulas españolas; desaparece el postillon; cesa su latigo de anunciar á las poblaciones la llegada del caruaje, y una voz insoportable, monótona y contínua, que

aproximadamente querrá decir *hu*, es lo único que se oye, en cambio de aquella alegre letania con que los zagales españoles animan el ganado. En los alrededores de Irun, salen una multitud de muchachos de ambos sexos, y entre ellos algunas lindas guipuzcoanas, á pedir limosna á los viajeros, por el medio, indirecto, si Vds. gustan, de arrojar por las ventanillas del carruage, flores y frutas. Ese gracioso saludo que no se vé en ningun otro punto de España, ni aun de las mismas provincias Vascongadas, es muy significativo á nuestro juicio, mírese por el lado que se quiera. Regalando manzanas el español que pasa á Francia, parecen decirle: lleva contigo la abundancia para que dejes bien puesto el pabellon; y el pedir limosna allí equivale á decir:—Antes que des un paso mas y te encuentres en Francia, deja aquí algun dinero, y ese menos te escamotearán los gabachos. De cualquier manera que sea, á tan lisonjera despedida no hay bolsillo que resista, y recogen buenos cuartos aquellos infelices; que no dejan de dar con eso una prueba mas de su civilizacion.

Dada de baja en nuestra expedicion la cuesta de Irun, á lo decreto moderno español, esto es, despues de haberla bajado, llegamos á las orillas del Vidasoa, pensando en la cándida pregunta que de órden del gobierno nos hicieron en Irun sobre el dinero que llevábamos.

Pregunta. Qué dinero lleva Vd?

Contestacion. El que me hace falta.

—Pero como cuánto será?

—La mitad y otro tanto.

—Es que ha de pagar Vd. tres reales por cada mil que lleve.

—Pues entonces, llevo nuevecientos noventa y nueve y medio.

—Pues se ha salvado Vd. en una tabla.

—No; sino en una mentira; gracias á la amabilidad con que Vd. me ha puesto la horca antes que el lugar.

El puente de Behovia estaba allí para hacer el milagro de sacarnos de España, plantándonos en el territorio francés; y al verle se nos oprimió el corazon, asomaron las lágrimas á nuestros ojos, y casi casi estábamos arrepentidos del afan con que nos habiamos procurado el pasaporte. En diez y siete pies de terreno habia dos centinelas distintos, representando dos gobiernos diferentes, aunque representativos ambos. Hasta la mitad del puente podíamos alzar la voz como amos de casa; al otro lado del rio ya era tarde para arrepentirse de haber pasado los Pirineos. El puente del Bidasoa, no tiene grandes arcos de piedra que llamen la atencion del viajero; pero sus tablas son mas elocuentes de lo que parece, y vive Dios que á no haberle pasado en carruaje, aun estaríamos parados en medio de él, haciendo reflexiones sobre su inauguracion con los ejércitos de Angulema, su contrabando contínuo de modas francesas, de literatura idem, y su tráfico de monedas españolas, por máquinas de vapor y saltimbanquis. El centinela español, vestido con aseo y marcialidad, por mas que algunos españoles se diviertan en decir lo contrario, parecia responder al dolor que se retrataba en nuestro semblante con estas palabras:

—Vayan Vds. descuidados, que yo tengo á raya los franceses. El centinela francés, perfectamente cuadrado é inmovil como una estátua, era un verdadero autómata obediente á sus jefes y sin disposicion al parecer, para darla de político ni pronunciarse un dia sí y otro no. Los bigotes de un gendarme que estaba á la esquina del puente con su tricornio á lo Napoleon, se movieron un punto, como si hubiese debajo de ellos algun espíritu invisible, é interpretado aquel gesto por nuestro conductor, entregamos los pasaportes. A los diez pasos poco mas nos encontramos con la aduana, donde con el mayor modo posible practicaron en nuestro equipaje el mas escrupuloso reconocimiento. Rabiaban algunos viajeros con la minuciosidad de aquel registro, y yo que habia acertado á esplicármelo favorablemente, no cabia en mi de gozo. Creia yo ver en aquel registro una prueba de que los franceses tienen muy buena idea de nuestra industria y de nuestros adelantos en las artes, cuando me ví obligado á entablar el siguiente diálogo con un andaluz que iba en el mismo carruaje que yo:

—Cabayero, me dijo, si creerán estoz saborioz que nozotroz tenemos cara é contrabandizta?

—Y qué vé V. de malo en eso, le contesté?

—A que zalimo ahora con que é uzté afranzezao? me replicó; yo le prometo á V. que cuando toquen á mi baul, los voy á meter á tooz en la zombrerera.

—Y dígame V., le dije, cree V. que si esta gente estuviera en el secreto de lo que pasa por nuestro pais, si supieran que toda la ropa que traemos en los baules es francesa, y parte de la que llevamos encima inglesa, harian un registro tan escrupuloso? Cuando ellos registran creerán que de España á Francia se puede llevar algo nuevo. Si es ilusion Dios se la conserve, si es realidad tanto mejor. Tabaco era lo que buscaban con mas afan, y á pesar de todo, de 200 cigarros que llevaba yo conmigo me faltaban únicamente doce al llegar á Bayona; con cuyo motivo supe los que habia fumado por el camino, Al mismo tiempo ocurrió que un desventurado caballero se acusó de llevar dos docenas en el saco de noche, y aquel pagó por él y por mí; pues habiéndole costado en san Sebastian una peseta, tuvo que pagar tres de derechos. Lamentábase despues el pobre *contrabandista* de su fatalidad, pero no tenia razon; porque como este mundo no se ha hecho para que lo habiten los ángeles, la candidez paga una contribucion horrorosa.

Concluido el registro, nos preguntaron si queríamos que nos emplomáran; y yo que en cosas de viaje ni me gusta ser el primero, ni soy jamás el último, esperé á ver si habia alguno que empezase á sufrir aquella operacion, resuelto á ser el número dos. Volvióse á repetir la oferta, pero añadiendo que era preciso dar dos reales vellon, ya entonces creí que el asunto merecia examinarse despacio. Explicáronnos lo de la emplomadura, advirtiendo que era voluntario; pero que el equipaje que no llevase plomo sería registrado dos leguas mas allá. Convinimos por unanimidad en pagar dos reales por cada bulto del equipaje, y despues de haber probado la primera *estafa* francesa, perteneciente al abundante género de *socaliñas* que tiene aquel pais, nos fuimos á saborear el primer almuerzo francés, continuando despues nuestro viaje por Urruña, San Juan de Luz y Bidarte, hasta Bayona; á cuyo punto llegamos á las tres de la tarde.

Las gentes de aquellos pueblos se diferencian muy poco en sus trajes, idioma y costumbres, de los vascongados españoles. No hay mas diferencia entre el pais vasco-francés y el español, sino que el primero tiene unos caminos limpios y llanos como una sala; que las casas son blancas y elegantes, y que los rótulos que se ven por todas partes dicen algo en pro de la instruccion de sus habitantes. Afortunadamente la cultura y el aseo de nuestros vascongados, hace que el contraste de ambas naciones no sea tan sensible á primera vista, como indudablemente lo sería si la Mancha rayase con el Pirineo. A esto dirán tal vez los

manchegos, que tambien ellos serian cultos si estuvieran en aquel pais; pero yo desearia que no se hiciese la prueba porque seria expuesto que los engañase el deseo. Si estando tabique por enmedio de los andaluces, que al cabo y al fin es toda gente de casa, no han aprendido nada, ¿qué se puede esperar ya de ellos? (*Se continuará.*)

NOVELA.

Á UN PÍCARO OTRO MAYOR.

III.

Serian las doce de la noche poco mas ó menos, cuando resonaron en la puerta del pabellon repetidos golpes y una voz apagada que llamaba á Enrique. Asomóse éste por una de las ventanas no sin algun sobresalto, y á la claridad de la luna descubrió á Mauricio que gritó viendo al jóven, «abrid al momento, abrid!»

La cruel incertidumbre que desde aquella mañana padecia, el deseo de saber si el conde habia llegado y aun la sospecha de que se hallase ya en la quinta, desvanecieron en Enrique el menor recelo y abrió la puerta á Mauricio volviéndola á cerrar cuando éste hubo entrado.

—Qué me quereis? le preguntó con ansiedad. Quién os envia?

—Nadie; contestó Mauricio friamente, pero vengo á recibir vuestras órdenes.

—Vos?... dijo Enrique admirado. No os comprendo.

—Eso es distinto: si nada teneis que decirme, si nada habeis pensado desde esta mañana, confieso que es excusada mi venida. Sin embargo, yo debia creer lo contrario y por eso he permanecido en la quinta: ahora conozco mi necedad y voy á ensillar mi caballo cuanto antes. Dios os guarde.

—Esperad, exclamó Enrique deteniendo á Mauricio que se disponia á abrir la puerta del pabellon. Esperad un momento.

—Para qué?

—Ha vuelto el conde?

—Pensais que le hubiera yo aguardado?

—Entonces explicaos de una vez. Qué objeto os ha conducido á este sitio.

—No sé á qué viene semejante extrañeza cuando yo soy la única persona á quien se ha confiado vuestra seguridad, y cuando he tenido mas de una ocasion en que conocer bien claramente el afecto comprimido y respetuoso que á mi señora profesais.

—Quién os ha dicho?... exclamó Enrique interrumpiéndole.

—Por lo demas, continuó Mauricio sin hacer caso de las palabras del jóven, siento me preguntei el objeto de mi venida, siendo asi que vos mismo deberiais adivinarlo, caballero. Cuando nada ignora mi señor, cuando la honra y aun la vida de la condesa están en peligro, necesitais de mas explicaciones? Yo que todo lo he observado silencioso, yo que he visto los padecimientos de la que tanto amais, pensé erradamente segun veo, que ese cariño mereceria algun sacrificio de vuestra parte, no temí nunca que á la menor vislumbre de peligro se abandonaria el amor al desengaño, la víctima al verdugo; y aunque ajeno al parecer de cuanto aquí ha pasado, aunque extraño á vuestra íntima confianza, no es mi propia seguridad, caballero, la que me obliga á intervenir intempestivamente quizás en este asunto, porque dueño de mis acciones puedo en una hora ponerme á tres leguas de todo, es, sí, la suerte de la condesa la que me ha guiado espontáneamente á este pabellon para deciros que aguarda la llegada de su esposo como el reo su última sentencia, para interrogaros en fin y saber hasta qué punto os interesa la salvacion de mi señora y su futura felicidad.

El acento y el fuego con que Mauricio pronunció estas palabras, habian llegado al corazon de Enrique. Agitado por crueles presentimientos, adivinando todas las consecuencias de los celos del conde y sin encontrar un medio de desvanecer la infame calumnia cuyo orígen tambien ignoraba, apenas la confusion de su mente le abria camino para adoptar una resolucion cualquiera.

—Pero... hablad: exclamó abandonándose al primer consejo que Mauricio le diera. La condesa es inocente, su honor es tan puro como el sol, y nadie sino un miserable fuera capaz de haberla calumniado. Sin embargo, me decís que su esposo puede sacrificarla á sus celos, tal vez lo adivinais... Qué he de hacer yo?

—El conde, repuso Mauricio volviendo á su fria tranquilidad, debe hallarse á unas cuatro leguas de aquí, y y dentro de pocas horas...

—Os comprendo: facilitadme un caballo... oh! hace tiempo que lo deseaba!..

—No es eso, replicó vivamente Mauricio procurando desvanecer la idea que el jóven habia concebido. Mi señor no viene solo, y vuestra empresa sobre ser inútil acabaria por perdernos á todos.

—Entonces, qué otro partido he de tomar? Hay alguno mas seguro?

—Lo hay.

—Cuál?

—Me dais licencia para indicar el que á mi me parece os conviene, y el que aconseja la premura y la gravedad de las circunstancias?

—Decid.

—Aun es tiempo de adoptarlo. Presentaos á la condesa y proponedle que abandone estos sitios; yo en tanto dispondré tres caballos, y cuando amanezca podremos desafiar tranquilos la saña del conde.

—Un rapto!

—Qué os admira? Pensais contrarestar de otro modo el peligro que os amenaza? Juzgais que al presentaros á vuestro rival para justificar á su esposa ó para defenderla como caballero, verá en vos el conde mas que un proscripto ó un traidor y que vacilará en entregaros como tal á sus soldados? No os alucineis. Vuestra posicion os condena por sí sola y os oprime de manera, que ó teneis que sucumbir como un miserable, ó apelar á la fuga; escoged. Lo primero es vuestra muerte y tal vez la de la condesa; lo segundo la salvacion de entrambos.

—Es decir, repuso Enrique, que por no hacer frente á una vil impostura ha de aparecer culpable la inocencia!

—Pues bien, continuó Mauricio afectando una amarga ironía; desechad mi consejo, pensad solo en vos, apresuraos á partir y en tanto sufra en buen hora la condesa los martirios de su situacion, escuche las reconvenciones y hasta la maldicion de su esposo, apele en vano á sus protestas de fidelidad y cariño, y acabe en fin sus tristes dias apurando gota á gota la hiel de su desgracia, sola, abandonada de todos, encerrada quizás entre las paredes de un claustro sin que al morir le sirva de consuelo el menor recuerdo del hombre, que perdiéndola con su imprudencia la entregó despues cobardemente á sus enemigos.

—Basta! gritó Enrique fuera de sí. Hubo un instante en que crei hacerme superior á mi antiguo cariño, en que me disponia á sacrificarlo á un funesto deber, pero la suerte me arrastra á ser culpable. Teneis razon, á mí es á quien toca salvar á la condesa, huya conmigo lejos de este pais, burlemos hasta nuestro propio destino, y si se niega á seguirme, si retrocede á la vista del peligro, yo saldré al encuentro de su esposo y, ó le libraré de mi presencia, ó vengaré en su sangre cuantos tormentos he sufrido por él.

La fisonomía de Mauricio retrató vivamente el placer de su alma.

—Seguidme, dijo á Enrique, aprovechándose de aquel momento de exaltacion. Aunque será arriesgado para vos el penetrar en el interior de la quinta probaremos un medio seguro... Ah! escribid á la condesa es lo mejor... manifestadle lo que habeis resuelto... sí, escribidla; yo me encargo de entregar vuestra carta, y despues...

Enrique se sentó apresurado junto á una mesita que habia en el pabellon, y tomando una pluma, comenzó á escribir. Mauricio se inclinó descaradamente para ver el contenido de la carta.

—No, eso no basta, dijo á Enrique. Añadid que si rehusa vuestra proposicion...

El jóven continuaba escribiendo, Mauricio á su lado apenas podia ocultar el aire de triunfo que ostentaba su frente pálida y sombría.

IV.

Al pié de un frondoso y robusto álamo, cuyas acopadas hojas prestaban sencillo pero ameno hospedaje, conversaban sentados y en voz baja tres hombres vestidos pobremente, y que á juzgar por su traza fácil hubiera sido adivinar que nada piadoso era el motivo que en aquel sitio los detenia. A favor de la luna cuyos rayos bañaban gran parte de la vega, distinguíanse las ásperas facciones de aquellos tres desconocidos, y mas distintamente las de Jaime que era quien sostenia en aquel momento una muy animada conversacion. Escuchábanle los otros dos con profundo silencio, y al cabo uno de ellos interrumpió á Jaime de este modo.

—Y estás cierto de que Mauricio no te engaña?

—Voto á.... respondió Jaime, me dejaria yo engañar por ventura?

—Con todo, entre nosotros que ya nos conocemos y que mútuamente tenemos que callarnos varias cosas, bien pueden admitirse promesas de ese género; pero si Mauricio llegase á olvidar el pacto que habeis hecho, y lograse perderle sin exposicion suya, cual será tu desquite?

—Tras de eso ando; y ved lo que es el mundo. Cuando á costa de disciplinazos me enseñaron siendo niño á leer, mal de mi grado, decia yo muchas veces; para qué diablo me ha de servir esto si no he de pasar de ser toda mi vida un pobre campesino? Pues ahora bien, si no hubiera tenido mi padre aquel capricho y el dómine aquellos puños, hoy no podria yo resguardarme de Mauricio para el dia en que me quisiese jugar una pasada.

—De veras? exclamaron los otros dos á un tiempo.

—Por eso, continuó Jaime, al regresar hace alguna horas de Granada donde fuí con Felipe a llevar cierto aviso, tuve buen cuidado de no volver á la quinta, pretestando salir en vuestra busca, y de enviar á Lorenzo para que me remitiese con él sus últimas instrucciones y vuestro dinero. Lorenzo es un chico, ignora cuanto pasa y Mauricio no le dará instrucciones verbales.

—Pero le dará el dinero que nos has prometido?

—Eso es cosa segura: descuidad

Un silbido prolongado resonó en aquel instante y los tres amigos se levantaron repentinamente echando mano á las armas de fuego que consigo tenian.

—Quietos, dijo Jaime. Este es Lorenzo que vuelve de su comision: esperadme aquí; voy á salirle al encuentro.

En efecto, un muchacho como de unos doce á trece años se dirigia corriendo á todo escape hácia aquel sitio. Jaime se adelantó á él y bien pronto se reunieron.

—Tomad este pliego y este bolsillo, dijo el muchacho á Jaime apenas respirando del cansancio. El señor Mauricio me ha encargado que os diga, no perdais el momento oportuno porque le urge despachar ese negocio.

—Dile que no tenga cuidado, y que ya sabe me interesa tanto como á él. Adios.

—Lorenzo se volvió no tan apresurado como vino hácia la quinta, y Jaime se acercó á sus dos compañeros que habian permanecido en el mismo sitio como les mandára.

—Qué hay? le preguntaron cuando se reunió á ellos.

—Lo mismo que os decia. Nuestro hombre camina de buena fé conmigo, somos uña y carne y él conoce que no podemos existir el uno sin el otro. Tomad, yo por mi parte estoy seguro; solo siento que la luz de la luna no sea suficiente para poder leer mi papelucho.

Al decir esto guardó el pliego que Lorenzo le habia entregado, alargando antes un bolsillo lleno de oro á los dos hombres.

—Que nos place, repuso uno de ellos. Ahora solo nos falta despachar cuanto antes; no nos tendria cuenta que nos amaneciera en estos parajes y cayésemos en manos de la justicia: harto tenemos con escapar á cada momento de sus garras.

—Aun no es tarde, replicó Jaime.

—No? Pues la campana de la vela me está zumbando en los oidos hace lo menos una hora ... Pero callad, creo que siento pisadas de caballo...

—Alto! gritó Jaime al ver asomar por el camino á un hombre que venia montado sobre una yegua y corriendo á todo galope.

—Soy yo, contestó el nuevo personaje sujetando la rienda á su cabalgadura y deteniéndose en el acto.

—Felipe?

—El mismo.

Los cuatro se reunieron. Felipe sin apearse de la yegua se inclinó para hablar con los otros.

—El conde está ya una legua de aquí, le dijo á Jaime.

—Cuántos le acompañan?

—Un solo criado.

—Y la otra gente?

—He venido con ella rodeando lo posible para no encontrarme con el conde, y me he adelantado para avisarte de ello.

—Pues bien, continuó Jaime, guíalos por ese sendero de la izquierda y ocúltalos detras de la glorieta con el mayor silencio. Busca en seguida á Mauricio, y él te instruirá de lo demas.

—Falta que el sargento tenga paciencia para tanto.

—Diles que sin ella malograran su expedicion, despacha.

Felipe, sin contestar ni despedirse, dió espuelas á la yegua y volvióse por el mismo camino hasta desaparecer.

—Ea, muchachos, dijo Jaime dirigiéndose á los dos hombres. El golpe se nos presenta bien. Si nada hacemos nuestra será la culpa, y á la verdad que el oro que se os ha dado merece la pena de ser listos. Por mi parte sé mi obligacion, y sin necesidad de este pliego cuyo solo objeto es mi futura seguridad, estoy convencido de que no erraré ni un punto la empresa de esta noche. Seguidme, en aquella alameda estaremos mejor que en ninguna otra parte. Silencio y serenidad.

Los tres caminaron sin hablar palabra hácia la entrada del paseo que conducia á la quinta.

V.

Cuando aquella mañana volviera la condesa del pa-

bellon, entró en su gabinete y abrió presurosa la carta que Mauricio le habia entregado. Asaltada por uno de esos presentimientos que suelen anunciar á nuestro corazon sus goces ó sus penas, empezó á leer tímidamente el contenido de aquel pliego, y bien pronto se anublaron sus ojos, flaquearon sus rodillas, y tuvo que apoyarse en un sillon inmediato sin aliento y sin fuerzas para sostenerse. Repuesta en algun tanto de la impresion que acababa de recibir, vaciló en continuar su lectura; pero haciendo un esfuerzo sobre sí misma, cogió otra vez la carta que habia dejado caer maquinalmente en el suelo, y concluyó de leerla.

No podia sin embargo convencerse de que no era un sueño cuanto la pasaba. Fiel á sus deberes de esposa, tranquila en su propia conciencia, no comprendia cómo el conde, que tal cariño y respeto la profesaba, venia pidiéndola en aquella carta estrecha cuenta de su honra con toda la severidad que inspira el convencimiento de una culpa.

Al ver estériles sus sacrificios, al contemplarse calumniada, se dispuso en un momento de altivez á rechazar con valor semejante impostura, y á presentarse ante su esposo inocente y tranquila; pero la idea de que Enrique permanecia cerca de aquellos sitios, la indignacion del conde fundada precisamente en haber llegado á su noticia que un hombre oculto y desconocido ultrajaba su honor y el conocer ella misma que estos indicios podian servir de prueba al impostor que la acusára, fueron causas bastantes para apagar su ánimo y sumirla en los mas alarmantes temores. En vano pretendió buscar el autor infame de aquella vil calumnia; Mauricio no podia serlo, su antigua fidelidad, la confianza que en él depositára en una circunstancia imprevista y el sigiloso celo con que fué correspondida, apartaron de su imaginacion esta sospecha. ¿Qué otra persona podia ser la que de una accion inocente deducia tan inaudito crímen?... Si por acaso hubiese perdido la carta en que Enrique le anunció su llegada y que ella tuvo la imprudencia de conservar.... oh! este recuerdo trastornó todo su sér. Con una presteza y un atolondramiento convulsivo, abrió su escritorio, miró, revolvió todos los papeles, buscó inútilmente por todos lados, por todo su cuarto.... la carta no parecia, y creyó ciegamente que la habia perdido y que alguno de sus criados vendió con ella al conde tan funesto servicio!

Dejóse entonces caer sobre un sillon pálida y abatida. Fijos ya sus tristes pensamientos en la venida de su esposo, no se encontraba con fuerzas para mirarle cara á cara, no hallaba ya tampoco en su propia conciencia la seguridad de su justificacion y dirigiendo á menudo sus ojos hácia un elegante reloj que tenia en frente de sí, se estremecia á cada minuto que pasaba y veia acercarse con terror la una de la noche que era la tremenda hora en que el conde deberia llegar segun él mismo le anunciaba.

Mauricio no habia parecido en toda la tarde; la noche estaba muy avanzada, y sin embargo, contra su costumbre tardaba en acudir á recibir las órdenes de su señora; pero tan abismada en sus presentimientos estaba la condesa, que no echó de menos la presencia de su íntimo criado, ni advirtió su venida hasta que éste, apareciendo en la puerta del gabinete, la saludó en voz alta y con acento respetuoso.

La condesa enjugó rápidamente sus lágrimas.

—Perdonad, dijo Mauricio aproximándose á su lado Tengo que cumplir un encargo importante, y antes quisiera obtener vuestro permiso y aun vuestra indulgencia.

—Cómo? preguntó la condesa extrañando aquel lenguaje y esforzándose á comprimir su amargura.

—Cruzando hace pocos momentos por la huerta, continuó Mauricio, oí pronunciar mi nombre y noté que se me acercaba una persona con todas las muestras de un profundo misterio. Al pronto me dió que sospechar aparicion tan intempestiva, y no vuelto aun de mi sorpresa, me encontré nada menos que con el desconocido que hemos tenido oculto estos dias en el pabellon.

La jóven condesa no pudo contener un movimiento de sobresalto que no se escapó á la perspicacia de Mauricio.

—Sin darme tiempo, prosiguió éste, para preguntarle la causa de aquel incidente inesperado, me anunció que esta misma noche se alejaba de este pais y que iba á reunirse no sé á qué gentes que debian esperarle en la sierra; me dió mil gracias por el sigilo con que le habia favorecido, y me suplicó os entregase este billete en el cual os manifestaba su gratitud y los motivos de su partida, advirtiéndome que aguardaba vuestra respuesta en el pabellon y que le hiciese yo la merced de llevársela. No pude saber mas porque en el acto mismo desapareció presuroso de mi vista y no juzgué oportuno el detenerle.

—Se vá! murmuró la condesa sintiendo alegrarse á su pesar de esta separacion.

Mauricio alargó silencioso á su señora el billete de Enrique y en seguida se apartó á una corta distancia en tanto que la condesa leía.

El contenido de la carta era el siguiente:

«Conozco los peligros que os amenazan y estoy decidido á salvaros. Isabel, no mas estériles sacrificios, »no mas inútiles razones. Nuestro amor ha renacido »vehemente y poderoso, y aunque he procurada acallar»lo no tengo fuerzas para ello. Hay un hombre que no »contento con haberos hecho desgraciada os calumnia »y os condena; pues bien, huid de su odiosa presencia, »partamos á buscar en lejano suelo la felicidad que en »este no esperamos, y partamos al instante, ahora, »para que cuando llegue vuestro esposo no encuentre »víctimas ni venganza.»

«Si lo rehusais, si haceis traicion á vuestros pro»pios sentimientos, antes que ponga el conde su plan»ta en la quinta habrá dejado de existir. Concededme »una breve entrevista, os lo suplico, escuchadme un »solo momento y decidid luego de la suerte de vuestro »esposo y de la mia =Enrique.»

El terrible efecto que esta carta produjo en la condesa, la dejó sumida en una especie de letargo que apenas la permitia considerar el cúmulo de males que la rodeaba. Con una lentitud nerviosa arrolló la carta entre sus dedos, y clavó sus desencajados ojos en Mauricio que permanecia á la misma distancia, afectando estar ajeno de todo y esperando en actitud humilde las órdenes de su señora.

—¿Qué aguardas? le preguntó esta maquinalmente.

—Creí, respondió Mauricio, que ibais á contestar...

La Condesa titubeo un momento, y al cabo repuso con acento firme:—No.

—Entonces me retiro con vuestro permiso, y voy á esperar al conde, pues ya no falta mas que media hora...

—¡Media hora! repitió la jóven estremeciéndose, media hora! Oh!... aguarda... no tenias que llevar la respuesta de este billete?

—Asi lo creí.

—Pues bien, voy á dártela.

Todos los temores de la condesa se habian agolpado á su imaginacion; consideró cómo estaria Enrique, pensó en sus amenazas y era preciso evitar nuevos desastres. Tembló su mano al coger la pluma, su pulso vacilaba trazando los renglones en el papel, y apenas la agitacion de su ánimo le permitió coordinar estas breves palabras.

«Enrique; consiento en escucharos un instante; »quiero daros esta última prueba de afecto, pero vos en »cambio tened presente mi posicion y comprended vues»tros deberes.»

Cerró en seguida la carta y mandó á Mauricio que la llevase con la mayor prontitud posible.

El criado no cumplió sin embargo la órden de su señora.

Cuando salió del gabinete, la primera intencion de Mauricio fué la de romper la carta; pero ocurrióle un nuevo pensamiento y quiso saber el contenido. Asi que se hubo enterado de él, guardó el billete en su bolsillo y recordó que la condesa habia hecho otro tanto con el de Enrique, circunstancia que procuró tener muy presente en su memoria.

Al bajar la escalera se halló Mauricio con Felipe.

—Por fin te encuentro, le dijo este.

—Y qué tenemos?

—Por el pronto apostada la gente: vengo á saber lo demas.

Mauricio continuó en voz baja dando instrucciones á Felipe, que en seguida salió presuroso de la casa dirigiéndose hácia el jardin. Al atravesar por el emparrado creyó haber visto desaparecer una sombra y ocultarse entre los árboles, pero la priesa que llevaba no le permitió detenerse en semejante idea.

Con todo, si hubiese querido acreditarla, fácilmente habria descubierto á Enrique, que impaciente desde que Mauricio saliera del pabellon y aguardando en vano la respuesta de la condesa, no pudo resistir al deseo de averiguar por sí mismo el motivo de aquella tardanza, decidiéndose é penetrar de cualquier modo en la habitacion de su amante si no encontraba á Mauricio, aunque para ello tuviese que arrostrar toda clase de peligros. De vez en cuando el grito de la razon le aconsejaba abandonar su propósito y desistir de sus pretensiones, pero Enrique no podia reflexionar friamente en el porvenir, y no quiso retroceder un solo punto. Su resolucion era irrevocable.

En el entretanto la condesa veia llegar el momento que iba á decidir de su suerte, y ya notaba con estrañeza que Enrique no acudia á la cita. Procurando recordar la contestacion que habia dado á su carta, no encontraba en ella una palabra sola que acreditase la tardanza ó que la hiciese temer una resolucion desesperada por parte del jóven; pero esto no tranquilizó su espíritu; tantas emociones á la vez la fatigaban, la trastornaban completamente, y al fin con la resignacion de un martir cruzó sus manos, inclinó su cabeza sobre su pecho y puso en Dios toda su esperanza y su consuelo.

Enfrente de la puerta del gabinete habia dos balcones que daban vista al sitio en que Jaime y sus dos amigos estaban apostados, y en la pared de la izquierda habia tambien una ventana que casi tocaba á las tapias del jardin. Pasado un breve instante se levantó la condesa de su sillon, dirigióse á uno de los balcones y tendió sus ojos por la vasta alameda que en frente se extendia.

Aunque la luna brillaba pálida y magestuosa en aquellas fértiles llanuras, no vió la jóven una sola persona en el camino y volvióse á su cuarto con la misma inquietud que antes.

Diez minutos pasarian cuando llegó á su oido un rumor sordo y lejano, al que siguieron dos ó tres tiros contestados al parecer por otros tantos. La condesa dió un grito y se lanzó al balcon que habia dejado abierto, pero otros disparos, cuya esplosion oyó mas cerca y en distinto paraje, la hicieron retroceder asustada.

El ruido crecia, voces distintas y confusas resonaban por todas partes; pero cesado el fuego, decidióse á ver por sí misma lo que pasaba en su alrededor y se asomó otra vez á los balcones, resuelta y fuera de sí. Entonces percibió bien claramente dos hombres tendidos en el suelo y en medio de la alameda... creyó conocer el traje de uno de ellos.... Oh! sus ojos por un movimiento involuntario se apartaron de aquella horrible escena... volvió á su cuarto, tiró con violencia del cordon de la campanilla, llamó por sí misma, gritó... nadie acudia... en la casa reinaba tambien una confusion estrepitosa, sintió abrir la puerta principal, oyó los gritos de venganza de todos sus criados que se precipitaban en tropel hácia la alameda, escuchó de su boca el nombre de su esposo!... Todo lo adivinó en aquel instante. El conde habia sido asesinado! Frenética quiere salir con sus gentes, vá á reunirse á ellas, y...

—Al traidor!—Exclaman algunas voces disparando otra arma de fuego debajo de la ventana que al jardin caia, y que violentada por fuera abrióse de par en par dejando paso á Enrique que con una pistola en la mano y el rostro pálido y alterado dió un salto y se precipitó en el gabinete.

Enrique! gritó desesperada la condesa creyendo ver al asesino de su esposo... Apartad!... qué habeis hecho! apartad... ó matadme tambien!...

Y cayó al suelo sin sentido.

La puerta de la habitacion se abrió de repente apareciendo en ella Mauricio seguido de Jaime y Felipe. Al mismo tiempo saltaron tambien por la ventana algunos soldados.

—Infames! exclamó Enrique sin saber lo que le pasaba.

—Sarjento Perez, dijo Mauricio en voz alta y solemne encarándose á un soldado y señalando á Enrique: llevaos á este hombre, os entrego segun os ofrecí uno de los mas encarnizados rebeldes de esta tierra, y os suplico tambien acudais á la entrada de la quinta, porque se acaban de encontrar allí dos hombres recientemente asesinados. No escuchásteis el fuego hace cortos instantes? Marchad en nombre del rey, cumplid con vuestro deber.

Enrique no desplegó sus labios. Impasible á cuanto con asombro miraba en derredor suyo, se dejó conducir por los soldados con la insensibilidad de un imbécil.

—Pronto, muchachos, pronto, dijo Mauricio á Jaime y á Felipe viéndose solo con ellos en el gabinete. Forzad esos cajones; aprovechemos la ocasion.

Jaime y Felipe, rompiendo las cerraduras y arrojando al suelo cuantos estorbos encontraban, se abalanzaron al botin.

Mauricio entretanto, incorporó un poco á la condesa, que aun permanecia en el mismo estado, buscó en su bolsillo la carta de Enrique y la guardó cuidadosamente.

—Ahora, dijo á sus compañeros, ayudadme á llevar esta mujer conmigo... bien está. Y los caballos?

—En la huerta, contestó Jaime.

—Pues ni un minuto mas. Huyamos.

Los tres salieron precipitadamente de la quinta, llevando en sus brazos á la condesa desmayada.

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

A eso de las diez de la noche, y en un meson situado á catorce leguas de Granada por el camino que conduce á Jaen, acababan de apearse de sus caballos tres hombres que venian acompañando á una señora al parecer enferma. Fácilmente se adivinan sus nombres. Jaime se apartó de sus compañeros, y procurando no ser visto de ellos sacó un pliego que en el bolsillo llevaba y á la luz de un candilejo que ardia colgado en la pared, quiso leer su contenido con visibles muestras de ansiedad. El pliego estaba en blanco. Jaime lo contempló un momento, dirigió en seguida á Mauricio sin que este lo notase una torba mirada, y mordiéndose los labios se reunió á sus amigos afectando la misma tranquilidad que antes.

(*Se continuará.*)

LA NOCHE SERENA.

A mi amigo D. D. J.

¡Cuánto eres noche fúnebre
á mis dolencias pía!
¡Cuál tu silencio místico
siembra en el alma mia
dulce y tierno solaz!
Delicada es tu atmósfera,
blancas tus nubes puras,
que nos mienten imágenes
de glorias y venturas
de consuelo y de paz.

Sus tornasoles mágicos
caen del mundo en la alfombra,
y su brillar fósforico
trueca la opaca sombra
en tintas de oropel;
y esmaltada de aljófares
la tierra vaporosa
se nos muestra magnífica
cual ara misteriosa
bajo un rico dosel.

—

Sopla en susurro armónico
fresca y sutil la brisa,
y los mecidos árboles
fingen dulce sonrisa
que remedando ván,
mústios los verdes céspedes,
sin matiz las violas,
tristes las cañas frágiles,
tibias las amapolas,
cerrado el tulipan.

—

Con tu fulgor sin límites
leve y amenas bañas
vastas campiñas fértiles,
y gigantes montañas
tu vuelo al desplegar,
y retratas solícita
tu vapor transparente
en el espejo diáfano
del arroyo y la fuente,
de los rios y el mar.

—

Resbalas suavísima
entre nubes ligera
y delicioso bálsamo
viertes desde la esfera
de su velo al través;
ciérrase entonces lánguida
del mundo la pupila;
bajo tu sólio empírico
ves risueña y tranquila
muerto el mundo á tus pies.

—

Ves cual celan unánimes
doblando su alta frente,
Egipto sus pirámides,
sus riquezas Oriente,
Roma sus glorias mil;

Rompes los áureos cálices
de las castas estrellas,
y de la escelsa bóveda,
siembran antorchas bellas,
el fantástico azul;
mientras brillando trémula
la luna entre celajes
en vago perfil crúzanse
muy vistosos de encajes
pabellones de tul.

se anublan sus alcázares,
y entre humo ceniciento
sus mudos geroglíficos,
sus mármoles sin cuento,
sus tronos de marfil.

—

Bajo sus anchos pórticos
silencio triste impera;
perfumes odoríferos
no embalsaman la esfera
del brillante salon;
yace ajada la púrpura
porque su escelso dueño
despues de alegre crápula,
rindióse al blando sueño
de grata orquesta al son.

—

Solo asi puede el misero,
tras duelos y quebrantos,
gozar noche benéfica
tus glorias, tus encantos
como supremo bien;
y en vez del pan de lágrimas
que es su comun sustento,
con saludables néctares
placentera un momento
humedeces su sien.

—

Solo asi ardiente el ánima
del que angustiado vela
quiebra sus duras cárceles
y deja el cuerpo y vuela
á la etérea region;
y ve de tiernas vírgenes
el sacrosanto coro,
y escucha de los ángeles
vibrando en arpas de oro
los cánticos de Sion.

—

Y de esa altura súbito
desciende al menor ruido,
y dispertando lúgubre
lée en el mundo dormido
una amarga verdad.
¡Grande, inmenso sarcófago
se presenta á sus ojos!
¡Infinitos cadáveres
son los pobres despojos
de tanta vanidad!

Deja, noche, que delire
con tu magestad amena,
y que mi pecho suspire
para que el ámbar respire
de tu atmósfera serena.
Cuando al compás de la nada
como rápida cascada,
resbalan tus horas pías,
huyen del alma cansada
las historias de mis dias.
No halló en tí fieros rigores,
en vez de mansos consuelos,
ni dás penas por favores,
ni desdenes por amores,
ni por esperanzas zelos.
Tus sagradas ilusiones
mi pensamiento no agitan,
borras de los corazones
la huella de las pasiones
y sosegados palpitan.
Asi puede el pecho mio
sin angustias contemplar,
que nuestro destino pío
nos lleva cual dulce rio
á perdernos en la mar.
Asi comprende la mente
cómo inefable fortuna,
cuánto fué el cielo clemente
en señalar al viviente
sepulcro junto á su cuna.
Asi en fin rompes la venda
que un dia cubrió mis ojos,
y sin que la luz me ofenda
veo un término á esta senda
y límite á sus abrojos.
Dime ¡oh noche! ese consuelo,
ese zafirino cielo
con que el ánima delira
bajo tu solemne velo
¿ha de ser tambien mentira?
Tantas venturas soñé
que apenas discernir sé
cuando siento esa voz muda,
si el veneno es de la duda
ó el bálsamo de la fé.
¡Es de la verdad emblema,
ó es el terrible anatema
de fugitiva ilusion
que al tender sus alas quema

mi oprimido corazon!
Ten, noche, piedad de mí,
vé mi frente mustia yá
mucho en el mundo sufrí:
si tanta pena hay aquí,
habrá dichas mas allá.
De ese venturoso Eden
quiero caminar en pós,
es mi esperanza, mi bien,
y si me engaño tambien
no me lo digas por Dios.
Deja, noche, que delire
con tu magestad amena,
y que mi pecho suspire
para que el ámbar respire
de tu atmósfera serena.

—

Triste, importuna ráfaga
tiñendo el horizonte,
dora la escelsa cúpula
y la cumbre del monte
de lejano confin;
Ronco, infernal estrépito,
prolongado alarido,
de la tierra en el ámbito
hiere otra vez mi oido,
¡Noche, llegó tu fin!

—

Tornará la diabólica
la estúpida comparsa,
y jugará frenético
en la mundana farsa
cada cual su papel:
Tornará el mundo hipócrita
y el mundo desdichado,
este vertiendo lágrimas
al pié del otro orlado
de glorias y laurel.

—

Formarán danzas, músicas,
celestiales mujeres;
del infortunio sátira
lúbricos los placeres
bullirán otra vez;
y pasiones impúdicas
su rostro recatando,
bajo pintada máscara
irá el vicio ostentando
su carcomida téz.

—

¡Maldades tan sin número,
pena y desdicha tanta,
verá el alba castísima
cuando el trono levanta
de luz y de arrebol!
¡Tanta sonrisa irónica,
tanto sentido lloro
coronará magnífico
con su diadema de oro
desde su imperio el sol!
¡Tus goces dulces, plácidos,
cesarán de improviso!
¡Noche, cuánto es tiránico
volver de un paraiso
á ese agitado mar!
Pasaste vaga, aérea
cual leve fantasía,
y ahora en vapor disipaste
cuando contemplo al dia
bullicioso tornar.

—

Borrascosa ó serena
tú tornarás tambien:
entonces, noche amena,
de misterios mil llena
acaricia mi sien.
Tu calma funeraria
tal vez turbaré al son
de una humilde plegaria
que el alma solitaria
inspire al corazon.
Cuando tu negro velo
cubra del ara el pié
buscaré mi consuelo
en el altar del cielo
con la luz de la fé.

A. F. del Rio.

FÁBULA.

—

EL NIÑO Y EL CIERVO.

Regalaron á un niño
Un mansísimo ciervo,
Que, dócil, le seguia
Por calles y paseos,
Lamiendo cariñoso
La mano de su dueño.
Si le llevaba al campo,
Allí de placer lleno,
Con carreras y brincos
Mostraba su contento:
Ya de la verde yerba
Pastaba el tallo tierno,
Ya veloz se escondia
Tras el ramaje espeso.
Como ensayos de fuga
Tan inocentes juegos
Mirándolos el niño,
Le ató una cuerda al cuello,
Y con ella á su lado
Le llevaba sujeto,
Privándole entregarse
A sus brincos y enredos.
El ciervo al ver el campo,
El natural deseo
Mostraba de estar libre
Con leves movimientos,
Que doblados temores
Al niño le infundieron,
Y suspicaz le puso
El lazo mas estrecho.
Hiriéndole la cuerda
Al infelice opreso,
Aunque á pesar del daño
Del niño los preceptos
Sumiso obedecia,
Hacíalo violento;
No llevado cual antes
Por un sencillo afecto:
Que el padecer sin causa
Tan malos tratamientos,
Robado habia el cariño
Que tuviera á su dueño.
Su halago y sus caricias
Echando el niño menos,
Cerrado de la casa
En oscuro aposento
Le puso, y vigilaba
Cual á temible reo.
Pasaba allí sus dias
Consumiéndose el ciervo
Hasta que, despechado,
Al duro carcelero,
Cuando le abrió la puerta
Para darle alimento,
Le acomete, le hiere,
Derribándole al suelo.
Y saltando veloce
Por cima de su cuerpo,
A los montes se fuga
A vivir libre en ellos.
Por su desconfianza
Infundada, y sus hechos,
El imprudente niño
Perdió su dócil ciervo,
Quedando con la herida
Que sus astas le hicieron.

—Tengan los Gobernantes
Al espedir decretos
Presente en la memoria
Lo del niño y del ciervo.

F. F. Barza.

Gran revista de las tropas de la guarnicion, por S. M. la reina Doña Isabel II, el dia 28 de enero de 1845. *(Véase el número anterior.)*

Revista de la Quincena.

Parecia imposible que las máscaras alegres y bulliciosas de estos diez últimos años produjesen esa indiferencia absoluta, con que se ha mirado por todos el carnaval de 1844 y mas aun el de 1845. Tan cierto es que el apetito nace con la privacion y que no hay sino conceder una cosa para que todos la rehusen al punto. La condicion humana no dá mas de sí por ahora, y conviene dejarla á su libre albedrío; no sin seguir la pista para ver cómo se persuade á sí misma de que el blanco es mejor que el negro, con las mismas razones que ayer defendia lo contrario. Tan pronto dice que es su alma la política, como cree hallar la vida en los teatros y los paseos. Ayer hizo cuestion vital de una cosa, que hoy por no verla no se deshace de ella. Nosotros vamos siempre en pos de esa caprichosa criatura, como la aguja imantada tras de las variaciones atmosféricas. No hace mucho que los españoles creyeron haber encontrado la piedra filosofal desamortizando los bienes del clero, y hoy creen hallar la suprema felicidad en devolver aquellos bienes á sus antiguos poseedores. Quiso la revolucion debilitar uno de los poderes mas influyentes del estado, y haciale daño cuanto tenia relacion con él; hoy los hijos de aquella revolucion piensan ya de distinto modo, y ciegos y aturdidos pasan de largo el término medio, y se van al extremo opuesto, para no hablar de otra cosa que del Papa (por mas que éste siga en sus trece con el gobierno de S. M.) y del clero. Asi mientras el gobierno autoriza la lectura de ciertos libros, dando cruces de distincion á los extranjeros que los imprimen en español, se escomulga desde el púlpito, al autor, al traductor y á los lectores de las citadas obras.—La generalidad de nuestros lectores, conocerán que aludimos con esto á los *Misterios de Paris*, novela eminentemente moral, y que analizaremos por lo tanto en uno de nuestros próximos números. Despues de traducida al español por el que suscribe este artículo, se ha traducido al mismo idioma en París y habiendo su editor regalado un ejemplar á los señores ministros, dícese que el gobierno de S. M le ha autorizado para introducir en España un número determinado de ejemplares agraciándole *ainda mais* con la cruz de Isabel la Católica. Esa es la novela que hace pocos dias se anatematizó desde la cátedra del Espíritu Santo, por un sacerdote de los que seguramente no pertenecen á la generalidad del clero español; modelo de instruccion y de prudencia. Terminado el análisis de los *Misterios de París* ofreció ocuparse al dia siguiente del *Judio Errante*, y no sabemos aún si habrá cumplido su palabra. Nosotros creemos que los predicadores pueden y deben ilustrar á su auditorio sobre la eleccion de libros, mas ó menos á propósito al pasto espiritual, pero el análisis de obras determinadas no pertenece seguramente á los misioneros; ni mucho menos en los dias de cuaresma para los que tiene la iglesia sus puntos determinados. Al gobierno de S. M. á los obispos, y á la mayoría del clero español recomendamos este asunto, que puede poner en gran conflicto las conciencias de los fieles.

Los sucesos mas importantes que han llamado la atencion de nuestros políticos, en estos quince dias, han sido la cuestion de culto y clero, y las negociaciones con la corte de Roma. El concordato entre el Santo Padre y S. M. la reina doña Isabel II es lo que ocupa hoy las cabezas políticas, y á eso como a todo unos le dan importancia y otros no. Creen los primeros que todos nuestros males provienen de ese divorcio que al parecer existe entre la iglesia española y S. S.; y dicen los segundos, que no hay motivos para que España esté siendo el juguete de la corte romana; ni valga menos que otras naciones de Europa, regidas tambien por el gobierno representativo; y en las cuales sin embargo, no han sido necesarias transacciones costosas con la corte de Roma para aquietar las conciencias y afianzar los intereses nuevamente creados. El señor Castillo y Ayensa, que vino de Roma despues de haber conferenciado con S. S. ha vuelto á salir para dicho punto con el mismo objeto. Veremos qué resulta de tanta diplomácia como se cruza por uno y otra parte; si bien es cierto que mientras los de allá no dicen nada, nosotros somos los que pedimos capitulacion. Dios ilumine la buena fé de los que tanto interés muestran por tranquilizar las conciencias de los españoles. El señor ministro de Gracia y Justicia celoso por cumplir las tareas de su ministerio, trabaja con afan en ese negocio; mientras el señor ministro de Hacienda, busca medios de contribuir al sustento de los infelices cesantes y pobres viudas, cuyas pagas van siendo cada dia un problema de muy difícil resolucion.

Terminada la discusion sobre la ley penal represiva del tráfico de negros, há quedado el Congreso de vacaciones, mientras el Senado se ocupa de discutir la ley de culto y clero: la cual ha crecido en importancia con una exposicion del obispo de Canarias. Declaraba el Illmo. señor que la Iglesia no podia admitir la administracion de los bienes que quedaban por vender, segun se ofrecia en el proyecto del gobierno por no ser esa medida reparacion suficiente del *despojo* que se le habia hecho de su propiedad. Los órganos de la situacion se han quejado con este motivo, no de la concesion del gobierno, sino de las pretensiones del señor obispo de Canarias; diciendo que es muy raro que un clero pacífico y callado mientras la revolucion le despojaba de todos sus bienes y derechos, se muestre ahora hostil contra un gobierno que trata de reparar aquellos males. Los citados periódicos se deshacen en deducir consecuencias á cual mas equivocadas, tachando de *pueril* la pretension del clero; sin quererse convencer de que no hay tal puerilidad en quien dice clara y terminantemente: «ó todo ó nada.» Dios ilumine, repetimos, al gobierno en cuestiones tan delicadas como las que trae entre manos.

El acontecimiento de mas bulto en la política extranjera, ha sido la retirada de Santa Ana, que abandonado de su ejército se ha embarcado en Veracruz á bordo de un buque inglés con direccion á la Jamaica.—En Nápoles se hablaba de una modificacion de ministerio y ocupados los ingleses con su acostumbrado calor de la ley de cereales, contra la cual se coaligaban en gran número para las elecciones, se ha abierto el parlamento el dia 2 del corriente. La reina Vitoria, acompañada del príncipe Alberto y de su hijo el príncipe de Gales heredero presuntivo de la corona, salió del palacio de Windsor, y pasando por el de Buckingham entró en la cámara de los Lores á las dos de la tarde. Concluidas las ceremonias de ordenanza, leyó el discurso de apertura y se volvió al palacio de Buckingham entre los vivas de la multitud, que á pesar de la gran nevada de la noche anterior salia á saludar á su reina.—Algunas mas noticias se han recibido por los últimos correos del extranjero, que si bien no son de un interés general, no dejan de ser notables. El restablecimiento de M. Villemain, ministro de instruccion pública en Francia, ha sorprendido á los unos y ha confirmado las sospechas de los que no creian en semejante enfermedad, achacándola á una intriga política. Si asi hubiese sido no ha librado de mala el pobre ministro, á quien sus compañeros querian dar la razon en todo como se le da á los niños y los locos.—El fallecimiento de la duquesa Isabel, gran duquesa de Rusia y esposa del duque de Nassau, ocurrido el dia 28 de enero de resultas de un parto laborioso, es otra de las noticias últimamente recibidas, Como asimismo la llegada de los condes de Aquila á Nápoles en el vapor *Stromboli*, y la entrevista de Fuad-Effendi con el Sultan el dia 4 de enero.

La vida del carnaval, que como dijimos al principio de este articulo ha sido corta y mala, se ha sentido principalmente en los bailes de trajes, dados en el palacio real, en la casa del señor Narvaez, en la del señor marqués de Miraflores, y finalmente en casa de la señora condesa viuda de Montijo. Fuera de esas aristocráticas reuniones, los bailes que mas han llamado la atencion del público han sido los que han tenido lugar en los salones del Liceo. La concurrencia no ha sido en su mayoría tan escogida como otros años; pero sí numerosa y digna de los esfuerzos y grandes gastos hechos por los empresarios. Siendo de notar entre ellos el de haber encargado la direccion de la orquesta al maestro Iradier; con cuyo motivo puede decirse que pocos años ha estado tan grandiosa esa parte importantísima del baile. Las mesas de herradura en las que pretendia la empresa dar de cenar á escote, estuvieron desiertas la primera noche, por lo cual se suprimieron en la segunda. La novedad de la herradura tenia su parte de insoportable en la lista de las condiciones y reglas que se imponian á los abonados; siendo una de ellas, sino leimos mal, la de prohibir mascar á dos carrillos. Hay ademas otra razon para que esos inventos no se aclimaten entre los españoles, y es que á ninguno le gusta sentarse á una mesa donde todos los que pasan dicen: —Ese se está cebando por un duro.

A las mascaras públicas de la plaza de los toros y calles de Madrid, les sucedió lo mismo que á las nocturnas de los salones. Pocas y sin entusiasmo alguno se presentaron varias gentes disfrazadas en los tres dias del carnaval, corrieron los gallos de la plaza de toros; trataron de subir á las cucañas y no hubo uno siquiera que lo lograse: siendo asi que otros años se alcanzaban los premios al momento.—La romería de san Blas estuvo poco concurrida á causa del viento fuerte que soplaba por el paseo de Atocha; pero en cambio la bacanal que con el nombre de *entierro de la sardina* celebra el pueblo en la pradera del Canal, atrajo un gentío inmenso cual no hemos visto jamás en funciones de esa especie.

Los teatros nos han cortado tela larga en estos últimos dias, tanto en las funciones de verso como en las de canto. Empezamos por las segundas, por mas que nos duela narrar al principio de esta revista un acontecimiento fatal que ha llenado de disgusto al mundo filarmónico de Madrid. Fácil es conocer que hablamos de Moriani, el cual por mas que nosotros esquivemos la noticia, se halla hoy á 300 leguas del teatro de la *Cruz*; al que segun se dice volverá para el próximo setiembre. —No teniendo tiempo el célebre tenor para cantar en su beneficio una ópera nueva, se despidió de nosotros con un concierto en el cual se cantaron las piezas siguientes: El tercer acto de la ópera titulada *Don Pasquale* en el que la señorita Tirelli recibió grandes aplausos del público, principalmente en una cancion española que cantó esa noche al final de la ópera, con mucha gracia y excelente pronunciacion de un idioma, que ha empezado á conocer hace dos meses. Salió despues Moriani á cantar el aria de *Helena de Felte* y el público hizo justicia al tenor entusiasmándose con la maestría de su canto. El segundo acto de la *Lucia*, y el tercero de *Luigi* y *Rolla*, completaron la funcion. De esas piezas juzgadas ya anteriormente nada tenemos que decir sino que entusiasmaron al público hasta el fanatismo. La señorita Tirelli brilló como de costumbre en los diversos papeles de *Norina*, de *Lucia* y de *Eleonora*; la graciosa coquetería con que cantó el primero, la admirable verdad que imprimió al segundo, y la pasion vehemente al par que decorosa del último, fueron apreciados del público en su verdadero valor. El señor Salas que cantó de tenor esa noche fué muy aplaudido de los espectadores; pudiéndose decir que en todos los teatros de Europa no ha tenido nunca *Lucia* un novio de tanto rango en el arte músico. De la inteligencia con que canta el *Don Pascuale*, tienen ya noticia nuestros lectores y seria escusado repetírselo aquí. El señor Becerra, mostró esa noche no ser indiferente á las pruebas de aprecio que recibe del público español, cantando bien su parte en las tres óperas. Pasemos ahora al señor Moriani, figura principal del cuadro... pero nos permitirá el lector que suprimamos nuestro juicio por hoy. Despues de los aplausos que recibió el artista esa noche los nuestros parecerian pálidos y frios. Mientras el público de las galerías y anfiteatro se deshacia en estrepitosos aplausos, una salva de «bravos» y saludos de todo género se sentia en las lunetas, y las coronas y ramos de flores que arrojaban de todos los palcos inundaron bien pronto el tablado. Un lecho de flores se formó al artista Rolla en el momento de caer al suelo, y cuando salió á la escena á vivas instancias del público, no se oyó otra cosa que un aplauso unánime y continuo. —Napoleon Moriani que tan gratos recuerdos ha dejado de su canto en Madrid, ha dado una muestra de su filantropía antes de partir para Lóndres, cediendo á los establecimientos de beneficencia el treinta por ciento del producto líquido de su beneficio; cantidad que asciende á 6,000 y pico de reales.

La larga enfermedad de la señora Tossi, que desgraciamente no ha podido cantar desde que está en Madrid otra ópera que la *Lucrecia*, nos ha privado de oir á Moriani en I *Capuletti*; pero la infatigable Tirelli, que despues de haber cantado la *Lucia* y el *Don Pasquale*, aun se hallaba dispuesta para hacer el *Rolla*, nos ha proporcionado el gusto de oir la música sencila y suave del célebre Bellini cantando la *Sonnambula*, con el señor Flavio, artista español, justamente aplaudido en Lóndres, París y Lisboa.

El señor Flavio (y aqui la galantería hace plaza al *debut*) habia cantado en Madrid en conciertos particulares antes de salir para el extranjero, por cuya razon gran parte del público no habia tenido el gusto de oirle y los mas afortunados conservaban una idea confusa y poco exacta, en razon á los adelantos que ha hecho en el extranjero dicho tenor de su mérito artístico. Arriesgada era la salida del señor Flavio, en el mismo teatro en que cuatro dias antes habia dejado tan gratos recuerdos el gran Moriani, y el público que le aplaudió al presentarse en la escena, cumplió como debia en esta ocasion. En el duo que tiene con la tiple en el primer acto correspondió ya á los aplausos de los espectadores entusiasmando sobremanera en el final del mismo acto. El pu-

blico cometió en aquel momento una de las imprudencias que cada dia se van haciendo mas generales, pidiendo la repeticion del aria. Entusiasmado el artista español con los unánimes y estrepitosos aplausos de sus compatriotas, accedió á la peticion, repitiéndola toda; con lo cual se fatigó en extremo. Si bien es cierto que no dejó por eso de cantar muy bien el resto de la ópera. Distínguese principalmente el tenor Flavio por su maestría en la música, su excelente método de canto, y sus elegantísimas maneras. Su voz es muy simpática, y el triunfo que á obtenido del mismo público que se entusiasmaba con Moriani, dice mas en su elogio, que cuanto nosotros pudiéramos añadir. Reciba por lo tanto el señor Flavio nuestra mas cordial enhorabuena, y pasemos ahora á hablar de la inteligente Sonnambula, que acabó esa noche de conquistarse el aprecio general del público madrileño.

Vestida la señorita Tirelli, con su acostumbrado gusto y propiedad se presentó entre sus aldeanos, con un zagalejo de merino, guarnecido de cintas, un corpiño de la misma tela, y un sombrero azul, formado de cintas graciosamente trenzadas. La sencillez con que vestia la prima donna contrastaba visiblemente con los trajes, de seda en su mayor parte, que lucian las coristas; aldeanas de menos rango que Amina. Apenas la vimos salir sin rasos ni encajes, achaque muy comun en los cantantes aun cuando tengan que pedir limosna en la escena, y brincando y saltando con extraordinario gozo entre sus compañeras y amigas, nos persuadimos de que habia comprendido su parte de aldeana sencilla y en víspera de bodas. Despues que pudimos observar la inocente rusticicidad con que acariciaba á su nuevo esposo, la natural curiosidad que la arrastraba hácia el conde; el miedo con que se refugiaba en los brazos de su marido, asustada de los requiebros del gran señor y las escenas en fin de Sonnambula, en que su vista parada y fija en un solo punto imponia un religioso silencio á los espectadores, conocimos que era una escelente actriz y no habia tenido gran ocasion de lucir como tal en las demas óperas que habia ejecutado. Cantando fué muy aplaudida del público, y mientras llenaba la escena con su inteligente accion, llamaba hácia sí las miradas de todos. Con su bellísimo timbre de voz, su afinacion en los pasos de agilidad, y la limpieza de su vocalizacion estuvo muy feliz en las diferentes piezas que tiene á su cargo en esa ópera llena de suavísimas melodías; distinguiéndose principalmente en la cavatina, y en el rondó final. En esta última pieza de difícil ejecucion y de extraordinario trabajo, la interrumpieron frecuentemente los «bravos» del público hasta que una salva de prolongados y vivísimos aplausos coronó los esfuerzos de la artista.—Nosotros entusiastas sinceros de la elocuente y suave música de Bellini nos congratulamos de tener en Madrid á la señorita Tirelli, que con tanto gusto canta las óperas de ese gran maestro.

El señor Salas estuvo felicísimo en el personaje de Rodolfo, y mereció grandes aplausos del público desde el momento en que con admirable franqueza y precision cantó su cavatina de salida. Este bajo tan justamente apreciado de sus compatriotas, h aprobado en esta ocasion, que no debe limitarse á cantar óperas bufas; por mas que en ellas se haya mostrado siempre inimitable. El señor Salas raya á una gran altura como músico y su carrera en el arte es mas vasta de lo que su modestia le hace creer. Esperamos que no sea esta la última ópera séria en que nos proporcione dicho artista el gusto de admirar sus escelentes cualidades de cantante y actor.

Corta es la parte de Lisa en esta ópera, pero la señorita Chimeno, que estaba encargada de ella, la cantó muy bien, y dió muestras de adelantar bastante en su carrera.—El señor Becerra y la señora Chelva contribuyeron con sus esfuerzos al lucimiento de la *Sonámbula* que indudablemente es la ópera que mejor se ha cantado por todos, en el teatro de la *Cruz*. Los coros que tienen una parte muy difícil en la *Sonámbula*, estuvieron muy arreglados, y por ellos felicitamos á su maestro el señor Gaztambide. La decoracion del molino y la maquinaria del mismo, fueron de poco efecto, aun atendida la poca estension del escenario.

Pasemos ahora á dar noticia de tres beneficios que han ejecutado por la compañía de verso en los teatros del *Príncipe* y *la Cruz*; el *Circo* no nos ha ofrecido nada nuevo en estos quince dias. Sigue estudiando *I Martiri*; quiera Dios que no tengamos *el Parto de los Montes*!—*Un rebato en Granada, los Misterios de Madrid, y á rio revuelto*... (con puntos suspensivos) son las tres piezas nuevas que á beneficio la primera de doña Teodora Lamadrid, la segunda de la señora Flores, y la última del señor Guzman, se han puesto en escena en los primeros dias de febrero. Un poeta nuevo en esta plaza, y dos jóvenes escritores, conocidos ya del público, son los padres de estas tres criaturas, que ahora se acercan á nosotros para recibir el beso de críticos; que ni puede ser nunca tan amoroso como el de los autores, ni tan severo como el que dió el público á las dos últimas producciones de las tres que hemos mencionado.—*Un rebato en Granada*, drama original del señor Cañete, es una comedia de esas que vulgarmente se llaman de moros y cristianos, y en ella hicieron de moros los actores, y de pacientísimos cristianos los espectadores, dejándose arrollar por los sectarios de Mahoma. Tuvo el público la galantería de llamar al poeta á la escena despues de terminada la representacion, tomando en cuenta la circunstancia de ser primerizo, y nosotros que no queremos ser menos amigos que aquellos delgenio en flor, nada le decimos sobre los defectos de que adolece su drama. Recomendámosle que ponga mas cuidado en la versificacion, para lo cual convendrá que se provea de una lima pues oimos algunos versos, que aun les sobraba para ser prosa algunas sílabas. Nos complacemos sin embargo en confesar que el drama tiene algunas situaciones bien preparadas y fácilmente escritas.—En la ejecucion de *un rebato en Granada*, tocaron á rebato algunos actores, y no salió la cosa muy bien. En cuanto á trajes la beneficiada, no tuvo á bien cambiar el suyo, aunque debiera haberlo hecho asi y los comparsas salieron vestidos de Puritanos y á lo Montesco i Capuletti.—El drama es de los de prólogo y 20 años entre bastidores, con lo cual el señor Latorre estuvo mejor en el segundo papel que en el primero. Desearíamos que no olvidase dicho actor lo que ya le han indicado algunos críticos: y es que debe empezar á trabajar en otra cuerda para abrirse una nueva senda de lauros, como los que tan justamente ha recogido hasta el dia.

Despues de ese drama se estrenó en el teatro del *Príncipe* una novela dramática titulada los *misterios de Madrid*, original de los señores Olona y Doncel, dividida en seis cuadros, cuyos títulos por estar en los carteles y en los periódicos, hicieron falta en el teatro. Sabido es que no se puede repicar y andar en la procesion, pero los cuadros de costumbres que se anuncian en esa novela dramática pudieran ser mas exactos, á pesar de los títulos. En el primer cuadro no se podia dudar que la escena pasaba en *la puerta del Sol*, gracias á una bellísima decoracion pintada por el señor Abrial; que fué llamado con instancia á la escena. El *gazapon del tio Roque* y *la tertulia de trueno* hubieron de adivinarlos los espectadores; siendo esos cuadros y el último *de la Espiacion*, las tres heridas mortales de la novela. Decimos esto porque ni aquella invasion de gente que busca donde dormir es verosimil, ni lo es la llegada del marqués con los lacayos, ni mucho menos la caida de aquellos importantísimos papeles. La *tertulia de trueno*, tal cual la presentan los autores, indica que conocen muchas de ese género; pero en la reunion heterogenea de todas está la inverosimilitud. Si es una casa de *cucas* segun se indica alli, sobran los juegos de prendas, el canto y los demas accesorios; en esas cloacas del vicio y de la miseria el que no *apunta* al monte, está viendo jugar *ó levantando muertos*, y es muy facil que le abrieran la cabeza de un golpe al que intentará taralear una sola nota. Siendo imposible asímismo que en una casa de esas esté la puerta abierta para todo el mundo y se cuele cada cual como por la suya. En los carácteres no hay gran originalidad, sobre todo despues de haberse popularizado tanto ciertas novelas estrangeras. Al tio Roque no le falta mas que ser francés para darse la mano con el *maitre d' ecole* (Domine) de los *Misterios de Paris*, y si la Marquesa fuese de un nacimiento mas ilustre, pudiera por su ambicion y criminalidad hacer de *Sarah Mac-Gregor*, en la novela. Lástima es que habiéndose reunido dos escritores tan apreciables por sus obras anteriores, como lo son los señores Doncel y Olona, no se hayan detenido mas en dar buena direccion y mejor colorido á una pieza de buen argumento y cuyo plan interesa mucho en los tres primeros actos. Hay sin embargo situaciones muy cómicas, y la escena final del acto tercero es digna del fecundo seribe, Pero la idea de llevar una novela al teatro, no podia tener buen fin: acostumbradas las novelas á ocupar el piso bajo de los periódicos, esto es el folletin, tomó la presente por primera plana de un periódice el escenario, y se fué? á dónde se habia de ir...? al folletin del mismo... al foso. La ejecucion fué muy desigual y no podia menos de suceder asi donde trabajaban cerca de cincuenta actores. El mas aplaudido de estos fué uno á quien le tocó la chiripa, de sacar un uniforme de agente de seguridad.

En el mismo teatro y á beneficio del señor Guzman, se ha estrenado un drama titulado *A rio revuelto*... original del señor Doncel, en el cual, contra los buenos deseos que manifestamos en el número anterior, no ha sido la ganancia para el público. Hay en él escenas escritas con gran conocimiento del teatro, pero la accion marcha languida, y aun se advierten ciertos anacronismos que ya en otra ocasion hemos anatematizado, y que no nos cansaremos nunca de combatir. Otro dia nos ocuparemos mas detenidamente de este drama, como de otros muchos que la empresa de los teatros principales pone á destajo en escena con notable perjuicio de sus autores.

Las agonías del año cómico, son bastante variadas, y aun no ha pasado el tropel de las infinitas producciones que se preparan para los muchos beneficios, que han de ejecutarse en los dias que faltan de cuaresma.—La graciosa actriz Juanita Perez, nos piensa regalar con una comedia original, en prosa y verso, titulada: *Los hijos de Satanás, ó el Diablo anda en Cantillana*. Tenemos escelentes noticias de dicha comedia y deseamos verla pronto en escena. La señorita Tablares dispone asimismo su beneficio, y creemos que el público no se muestre esquivo á los esfuerzos de esa jóven artista. Pero el beneficio que mas ocupa la atencion de los círculos teatrales, la comedia que hemos oido celebrar con mas entusiasmo, es la que se está ensayando para beneficio del apreciable actor don Florencio Romea. Trátase de un drama de gran espectáculo titulado, *la caverna de Querugal ó el mundo peripatético* y *La inocencia en un bote*. La empresa, al anunciar esta produccion no añade aun los segundos títulos y por eso no respondemos de su certeza; aun que no reusamos cargar con la responsabilidad de estamparlos, tal cual los hemos oido. Lo cierto es que el drama es de mucho espectáculo y que el hábil pintor don José Abrial, está pintando naufragios y cavernas hace mucho tiempo. Estamos deseosos de ver en escena la *caverna de Querugal*, drama que hemos oido comparar por un lado con el *terremoto de la Martinica*, y de otro con el *naufragio de la fragata Medusa*.

En cuanto al nuevo año cómico, se hacen grandes aprestos por ambas empresas. Mientras el *Circo* espera con impaciencia al célebre Ronconi, recibe un gran refuerzo la ópera de la *Cruz* con la llegada del gran tenor Guasco y del bajo Mini. Dicen que en este último teatro se pondrá en escena el *Hernani* con un lujo casi fabuloso. Como público, no nos pesaria que asi fuese; como periodistas, deseamos que ambas empresas se afanen por darnos los espectáculos con toda la brillantez posible—El teatro nacional ha ganado, en nuestro sentir, cuanto pudiera apetecer, con hallarse el señor Romea (don Julian) al frente de la nueva compañia de verso, que trabajará despues de Pascua en el teatro del *Príncipe*. Los nombres de los principales actores con quienes cuenta el señor Romea, serian una garantía de lo que llevamos dicho, si ya no lo fuese el talento de dicho artista y los gratos recuerdos que nos ha dejado de la compañía que, bajo su direccion y con su importante ayuda, trabajó años pasados en Madrid.

El fallecimiento del distinguido literato don Sebastian Miñano, ocurrido en Bayona el dia 6 de febrero, ha sido uno de los acontecimientos desagradables de esta quincena. Nuestro colaborador el señor Madrazo, que tenia relacion de amistad con el difunto, ha tenido la bondad de tomar á su cargo la biografia del señor Miñano, que daremos á nuestros lectores, tan pronto como recibamos el retrato, que su inconsolable sobrino el señor Ochoa, nos ha de remitir desde Bayona.

OCTAVA.

¿Vistes los elementos conmovidos
Ajitarse y hacerse cruda guerra,
Elevarse la mar, y entre bramidos
Ámenazar la estremecida tierra?
Tal se ajitan y chocan los partidos
Que, mísera, en el seno España encierra;
Y la patria, cual tigres carniceros
A su presa infeliz, destrozan fieros.

P. F. B.

ERRATA IMPORTANTE.

En el número último del *Laberinto*, y en el primer artículo de Sevilla, se cometió el error involuntario de escribir bajo la taza donde bebia el santo rey don Fernando III.—»Taza de don Fernando el Católico.»—A pesar de que esa equivocacion la salva el artículo, damos esta esplicacion en obsequio del señor Amador de los Rios; cuyo apreciable colaborador es ajeno en un todo á esa errata de imprenta.

ANUNCIOS.

DON AGUSTIN ARGÜELLES,

VARON PRECLARO: CIUDADANO ILUSTRE: PRÍNCIPE DE LAS LIBERTADES ESPAÑOLAS. — VIVIÓ HONRADO PROFESANDO LA VIRTUD, ASI EN EL OSTRACISMO COMO EN LAS SEDUCTORAS REGIONES DE LOS PALACIOS: SIEMPRE NOBLE, CÁNDIDO, MODESTO, SÁBIO, LEAL Y CORTÉS.—MURIÓ POBRE, PERO VENERADO.

El solo nombre de este Español insigne revela una historia fecunda de la época: los hechos políticos mas ó menos gloriosos del siglo se le asociarán irremediablemente; y nuestros hijos honrarán tambien al hombre, llamado DIVINO en los dias memorables de su tribunado, dias de infancia para la jóven España. Gloria al hijo predilecto, que ciñó en su frente inmaculada esa corona radiante, no empañada jamás. Honremos su memoria: honrémosla de un modo digno.

Se abre una suscricion para moldear y publicar un busto en escultura, bajo la direccion del profesor DON JULIAN DELGRAS, que posee los medios necesarios para labrar el traslado con la debida verosimilitud, uno de los cuales es la mascarilla tomada cuidadosamente de la faz natural.

Cada suscritor tendrá derecho á un ejemplar vaciado en yeso, mediante el pago anticipado de 40 reales vellon, y otros 40 al tiempo de recibir dicha escultura, que lo será á los dos meses poco mas ó menos de verificada la suscricion. Para los que no

sean suscritores se venderá cada busto á 120 reales.

Las personas ó corporaciones, tanto de la capital como de las provincias y del extranjero, que deseen suscribirse, lo verificarán precisamente en esta corte en la librería de DON IGNACIO BOIX, en donde se les entregará el correspondiente resguardo del importe de la suscricion ó suscriciones, y en su dia los ejemplares á que tengan derecho, siendo de cuenta y riesgo de los suscritores su conduccion á donde les convenga.

El expresado SR. BOIX responde del buen cumplimiento del presente compromiso, y en su defecto de la devolucion del importe de las suscriciones que se hayan hecho. Una vez entregados los primeros 40 reales de la suscricion, no podrán retirarse si la empresa cumple por su parte con lo ofrecido en este prospecto.

Las suscriciones podrán hacerse por término de dos meses, á principiar desde el dia 20 del corriente febrero de 1845.

La muestra del referido retrato se hallará de manifiesto en la librería del citado SR. BOIX, calle de Carretas, número8.

OBRAS DE QUEVEDO Y LAZARILLO DE TORMES.

Continúan saliendo ambas publicaciones del establecimiento de grabado de don Vicente Castelló.

De la primera se sigue repartiendo alternativamente el tomo 3.° y 5.°

Del LAZARILLO se ha repartido la entrega 18.

DIRECTOR Y EDITOR, D. Antonio Flores. Impreso en las prensas mecánicas de D. IGNACIO BOIX, calle de Carretas, núm. 8.